



TRAMPA EN LOS ASTEROIDES

H. S. THELIS

Trampa en los asteroides

H. S. Thels

Espacio el Mundo Futuro/134

CAPÍTULO I

No hubiese creído nunca experimentar una sensación tal de desasosiego al acercarse a la Tierra. Normalmente, si las cosas hubiesen seguido su curso natural, Robert Scully hubiese sentido una alegría indecible al regresar al planeta; una alegría que expresase el rotundo triunfo logrado.

Pero la normalidad había desaparecido y la intranquilidad ocupaba el puesto que el regreso debía haberle proporcionado. Aunque en el fondo de su retorcido espíritu estuviese loco de contento de haber obrado como lo había hecho.

Sí las cosas hubieran sido completamente normales...

Pero no lo eran. Porque, allá abajo, si se podía hablar así, en aquel asteroide que habían visitado, quedaban los cadáveres de sus tres compañeros, que él había asesinado... y lo otro.

¡Lo otro!

Una sonrisa logró hacer desaparecer efímera y parcialmente las arrugas que plisaban su frente. Y se imaginó, solamente por hacerlo, lo que hubiese significado el regreso triunfal y oficial, sobre todo cuando se comunicase a las autoridades del Globo que había encontrado un yacimiento formidable de «cosmogium». Sólo una vez, en un importante laboratorio dependiente de los Estados Unidos del Mundo, se había logrado, después de experiencias costosísimas, sintetizar dos

miligramos de aquel elemento químico que había escapado a la clasificación general de Nendeleieff.

Y tan insignificante cantidad de sustancia había servido para mover máquinas, producir energía y fuerza en toda América... ¡durante seis semanas! El solo, el «cosmogium», había suplantado los cientos de miles de pilas atómicas de todo un continente, proporcionando todo lo que ellas, con grandes cantidades de combustible radiactivo proporcionaban.

El descubrimiento del nuevo elemento había llenado de entusiasmo a los sabios y a los responsables de todos los Estados Unidos del Mundo, porque, como en otros tiempos había sucedido con el carbón y luego con el petróleo, completamente agotados ahora en la Tierra, la penuria de uranio, circonio, plutonio y todos los demás radioelementos utilizados como fuente de energía, empezaban a ensombrecer el panorama de una Humanidad que creía haber alcanzado el summum de una progresión geométrica en lo que se refería a la técnica.

Escaseando las fuentes radiactivas de energía, el problema se iba haciendo más agudo cada vez.

Por otro lado, todas las experiencias hechas para producir «cosmogium» habían fracasado, sobre todo por la carestía de los procedimientos, que elevaban su coste hasta un límite de imposible utilización práctica.

Robert sonrió.

Porque él sabía dónde se hallaba un yacimiento de aquel precioso elemento en el que, por lo menos, había mil toneladas de «cosmogium», cantidad suficiente —no había más que hacer unos sencillos cálculos— para proporcionar toda suerte de energía a la Tierra por largo tiempo.

Al recordar que se había hablado de que el precio de un miligramo de dicho mineral costaría, aproximadamente, cien millones de «states», Scully había estado muy cerca de la locura al intentar calcular lo que representaba el yacimiento que habían descubierto en lo, el pequeño asteroide que los

Tratados de Astronomía describían con el número 85 de la clasificación general.

Medio centenar de kilómetros de diámetro, sin atmósfera, sin agua, lo

era, como todos los demás pedazos cósmicos que flotaban entre Marte y Júpiter, un mundo minúsculo y peligroso, ya que la fuerza de gravedad era tan pequeña que cualquier movimiento podía hacer que un hombre se elevase cien metros de altura, haciendo imposible su regreso a la superficie del astro, de no poseer procedimientos y mecanismos que aumentasen considerablemente su peso durante su estancia en tales lugares.

Robert recordaba todas las dificultades que pasó, junto a sus compañeros, cuando recorrían los asteroides, estudiando su constitución. Muchas veces hubieron de salir en busca de un compañero que, súbitamente, se había elevado por los aires, al abandonar el peso que solían llevar en la mano para utilizarlo como lastre.

Pero todo aquello pertenecía a un pasado que él deseaba olvidar rápida y definitivamente; porque en aquel pasado había tres cadáveres, que había destruido sirviéndose de los ácidos que llevaban en la "astronave para los análisis petrográficos.

Antes lo había matado.

Lo hizo arteralmente, por la espalda, cuando ellos no esperaban que la traición guiase la mano del que consideraban, más que como compañero, como un hermano de aquella expedición que, tres años antes, había salido de la Tierra, despedida con bombo y platillos.

¿Les esperaban?

Claro que sí.

Por eso tenía que ser hábil y penetrar en la Tierra por alguna parte donde las redes del radar no percibiesen su llegada. Ya había pensado hacerlo en los alrededores del desierto de Gobi, utilizando después el pequeño vehículo oruga que llevaba la astronave para alejarse de ella para siempre.

¿Y después?

Había hecho tantas cábalas, había pensado en tantas y tantas cosas, que no llegó jamás a tomar una actitud concreta respecto a lo que debía hacer. El secreto le quemaba muy dentro y no hacía más que pensar en la manera de orientar aquel «negocio», para sacar el mayor partido de él.

Desde luego, nada de avisar a las autoridades.

La astronave y todos los costos habían sido hechos por el Gobierno y era lógico que éste exigiese todo lo logrado, ya que se trataba de una expedición oficial.

El problema residía en encontrar a alguien que deseara explotar el yacimiento, vendiéndolo después en la Tierra... ¿Cómo? Ese ya no era asunto suyo, sino del socio o los socios que tendría que buscar.

Él se limitaría a vender el yacimiento por un§ cifra enorme, lo suficiente para poder llevar una vida principesca, en cualquier parte del mundo con...

¿Cómo no había pensado en ella?

Entornó los ojos, mientras la imagen de una linda muchacha, de encendidos cabellos rojos, aparecía ante él, reflejándose en la convexa superficie del parabrisas del plexi.

¡Marion!

Nadie le ofreció nunca una confianza como la que había gozado al lado de aquella muchacha, que le quería de una forma completamente nueva en la vida de él, poco afortunado siempre con las mujeres.

Marión podía ser quien le ayudase, ya que la joven conocía a muchísima gente en Nueva York!

La conoció en una sala de fiestas.

Ella era la atracción máxima, con aquel nuevo ritmo, el «Stop all Stop», que causaba furor en todo el mundo. Robert, como todos los demás, había reído al oír las atrevidas frases de la canción, generalmente dedicadas al Gobierno mundial y a todo lo que podía ser motivo de crítica.

Marion Hiller era, sencillamente, maravillosa y poseía una gracia indudable, además de una chispa enorme, que le hacía sacar punta a todos los asuntos en los que los gobernantes «patinaban».

Iría a verla, donde ella se hallase, y le confiaría su descubrimiento, rogándole que le ayudase a buscar a alguien que pudiese financiar una expedición a los Asteroides; una persona inteligente, rica y decidida, que supiese disfrazar aquella expedición y las que siguiesen, de manera de no levantar las sospechas de los de U.B.I., los tremendos y antipáticos miembros del Universal Bureau of Investigaron.

La Tierra estaba allá, ante él, como una esfera azulada llena de promesas de riqueza. Y, al contemplarla, Robert Scully, que siempre había sido un pobre hombre, se sintió tremendamente importante, hinchando los músculos y sacando el pecho, como si ya se viese, en los lugares más elegantes del Globo, admirado y envidiado por todos los que le señalarían con un gesto disimulado.

«¡Ahí va Robert Scully, uno de los hombres más ricos de la Tierra!»

* * *

Grube abrió la pitillera, dejando que Mayo cogiese un cigarrillo; después, ambos lo encendieron en la llamita del mechero del «maître» que se había acercado presuroso a su mesa.

—Gracias.

Y cuando el hombre se hubo alejado:

—¿Te das cuenta del lleno que hay hoy aquí?

Leonard Mayo, un joven de cabellos pajizos y ojos azules, con una amplia frente blanca, asintió con la cabeza; luego comentó:

—A la gente le ha divertido siempre la crítica mordaz, jefe.

—¿Por qué demonios te empeñas en llamarme jefe?

Mayo se encogió de hombros.

—Es una costumbre...

—...que te quitaré un día, al mismo tiempo que un par de dientes. Hay mucho público aquí —agregó, cambiando de conversación.

—Mucho. Deben de esperar algo nuevo...

—Seguro.

Lanzaron una nueva mirada a su alrededor, comprobando que todas las mesitas estaban ocupadas y que el «maître» se afanaba por colocar otras en los bordes de la pista, cuya dimensión se estaba reduciendo tremendamente.

—¿No crees que ya está bien pagar seiscientos «states» por consumición, Grube?

—¡Ya lo creo! Si hubiésemos tenido que pagar de nuestro bolsillo, hubiéramos hecho cisco la mitad de nuestra mensualidad.

—¡Paga el servicio!

—No hables tan alto. Veremos lo que esta muñeca de cabellos encendidos nos dice esta noche... Esa jovencita le está buscando seis pies al gato y va a encontrarlos.

—¿Hay alguna orden concreta contra ella?

—No. Pero, según lo que diga, la avisaremos seriamente...

—No podrá frenar.

—¿Por qué?

—Porque es la atracción máxima y deben pagarle muy bien. ¿Cómo quieres que lo deje?

—Puede buscar otros motivos para hacer reír a todos estos imbéciles que se han reunido aquí. ¿Te imaginas lo que ocurriría si esto siguiese así? Falta aún cerca de un año para que el Gobierno cambie y termine su mandato. Hasta ahora, jamás hubo que proceder a un cambio precipitado... Porque eso significaría, ni más ni menos, que los asiáticos pudiesen hacerse dueños del poder... y ya puedes pensar lo que significaría; conoces de sobra sus ideas sociológicas...

—Calla. Creo que el espectáculo va a empezar de un momento a otro.

En efecto, la luminosidad de la sala acababa de cambiar y salvo una zona lateral, el resto se halló sumido, en pocos instantes, en una penumbra azulada ciertamente agradable.

El silencio se había hecho por doquier y la expectación se leía en todos los rostros.

De repente, una música suave surgió de alguna parte, forjando una melodía sin estridencias, sumamente agradable, que parecía estar destinada a iniciar la emoción que seguiría; después, bruscamente, al tiempo que la silueta de la cantante surgía del suelo, sobre la plataforma de un suave elevador, la música se lanzó por los derroteros estridentes del «Stop all Stop».

Los ojos de los espectadores se volvieron hacia la figura humana, que ya había surgido totalmente.

Marión Hiller era, sencillamente, espléndida.

El traje que llevaba y que brillaba, como el oro contribuía apenas a realzar su belleza, que se hubiese hecho patente con algunos trapos, por muy harapientos que hubiesen sido.

Por el momento, se mantuvo completamente inmóvil —estatua dorada que recordaba los modelos clásicos—, como si estuviese captando la música, inspirándose en ella, bebiéndola materialmente, hasta que la inhibiese por completo.

Todo el mundo esperaba ansiosamente el primer «stop» y cuando éste se produjo, el silencio, salvo los sonidos suaves del ritmo, era completo.

Dicen que hay gente que busca...

sucedáneos del petróleo...

para que nuestro gobierno...

pueda firmar sus «ukases»...

Se descargó la orquesta entera, ahogando la evasión que había estallado en la sala.

—¡Bruja!—exclamó Grube.

El ritmo frenético ahogó su exclamación.

—Y esto no debe ser más que el comienzo —supuso Mayo—. Ya verás después.

—¡Stop! —gritaba ya la gente, deseando que Marión siguiese hablando.

Un golpe de platillos anunciaba la parada de la orquesta, quedando sólo el acompañamiento.

Es posible que mañana...

alguien encuentre carbón...

¡Qué lindas las astronaves

con sus largas chimeneas!

Otra ovación y vuelta a la descarga furibunda de todos los instrumentos. Marión seguía el balanceo de la melodía, como si una corriente eléctrica la recorriese.

Uno gritó:

—¡ Stop!

Otros le secundaron:

—¡Stop!

Nuevo golpe de platillos.

Marión cantó:

Hay quien mira hacia Oriente

y sonríe...

¿ No sale el sol por allí... ?

¿Por qué no ha de venir la solución?

La ovación fue tremenda.

Incapaz de mantenerse tranquilo, Grube se levantó y seguido por Mayo se alejó hacia el bar que había en una sala aparte.

Estaba frenético.

—¡Esto es demasiado! —dijo—. ¿Es que no has oído?

El otro asintió:

—Perfectamente.

—¿Has visto la alusión que ha hecho a los asiáticos de la oposición?

—¡Hombre!

Grube le miró:

—¿Qué quieres decir?

Mayo prosiguió:

—Que no era alusión... Ha sido algo directo y claro.

Grube murmuró:

—Esa canción correrá, mañana, de boca en boca... ¡Es increíble que se consienta esto!

Leonard Mayo se encogió ostensiblemente de hombros.

—Nosotros no podemos hacer nada, Harry... No es nuestra misión. La policía no interviene y debía ser ella la que impidiese este género de cosas. Con franqueza, amigo mío, lo queramos o no, nuestro Gobierno es cada vez más débil.

Y después de una pausa:

—¿Sabes una cosa, Harry?

—¿Qué?

—Hablé con un amigo mío, un inspector de policía, justamente el encargado de este enojoso asunto. ¿Sabes qué me dijo?

-No.

—Que no podían hacer nada porque Marión es una muchacha que no tiene absolutamente nada que reprocharse...

—¿Te parece poco?

—Este es un asunto distinto, Grube. Las libertades individuales permiten la crítica pública en cierto modo...

—Tú lo has dicho; en cierto modo...

—No te hagas mala sangre. Nuestra misión es investigar las cosas del

espacio. Por eso pertenecemos al U.B.I.

—¡Ya tengo ganas de que nos envíen lejos de aquí... Al menos, en el espacio, no oiremos estas canalladas, disfrazadas de música... ¡si es que a eso se le puede llamar así!

CAPÍTULO II

El hombre avanzaba en la oscuridad, mirando a uno y otro lado, pegado a las paredes de las casas.

Una fina lluvia caía, reflejando los colores del iris sobre el asfalto, allí donde habían caído gotas de grasa.

Hacía ya tiempo que los espectáculos públicos habían cerrado sus puertas y las calles empezaban a estar completamente desiertas. De vez en cuando, un agente las cruzaba y entonces el hombre permanecía inmóvil, disimulado en el quicio de una puerta o apretujándose un poco más sobre la pared, simplemente.

Robert, pues él era el hombre, miró ansiosamente hacia el otro lado de la avenida, al elegante edificio donde le habían dicho que vivía Marión.

Suspiró.

Había tenido demasiada suerte hasta aquel momento, después de atravesar medio mundo para llegar hasta aHí; pero el silencio de la prensa y de la radio le sumía en una serie de ideas contradictorias, que le llevaban a temer, cada vez más, que alguien le siguiese.

Desde que dejó la astronave en las proximidades del desierto de Gobi, tal y como había pensado, había pasado un mes; treinta días de fatigas, de miedo, de recelo, moviéndose como una sombra, tomando aviones de carga y atravesando el Pacífico para llegar a San Francisco, desde donde, de una manera un tanto anárquica, había llegado hasta Nueva York.

Durante todo el trayecto, haciendo economías, ya que a pesar de haberse apoderado del dinero que llevaban sus amigos, después de

matarlos, la suma total que poseía no le permitía dispendios exagerados, no había dejado de comprar el periódico, leyéndolo de cabo a rabo y buscando en las columnas de las noticias, la que hablase de aquella astronave que, según lo que había oído, se había dado por desaparecida.

Y no fue porque no pensase en quemarla, aunque de poco hubiese servido, ya que los tipos del U.B.I. eran capaces de leer en los hierros retorcidos el verdadero nombre del astro- cohete.

Había tenido suerte.

Ahora, cuando hablase con Marión, todo se arreglaría y podría lograr lo que se proponía.

Esperó, vacilante, hasta que la soledad de la avenida le dio fuerza y coraje para cruzarla, penetrando en el edificio, cuyo iluminado «hall» le asustó un poco.

El portero, con un uniforme imponente, le hizo balbucear al inquirir.

—¿La señorita... Hiller... por favor?

El hombre le miró de arriba abajo, observando curiosamente el equipo de piloto que llevaba aún, aunque lo había disimulado de la mejor manera posible.

—No creo que le reciba... A estas horas, la señorita suele descansar. No hace mucho que ha llegado...

—Insista, por favor... Verá como me recibe.

—¿Su nombre?

—Robert...

—¿Robert qué?

—Basta con Robert.

El portero volvió a mirarle, frunciendo el entrecejo; después, encogiéndose de hombros, pulsó el botón del llamador, señalando una cabina al recién llegado.

—Pase al visófono...

Robert lo hizo así, esperando un tiempo que le pareció interminable.

Después, cuando la pantalla empezó a iluminarse, oyó una voz femenina que hablaba con un tono claramente colérico.

—¿Quién es el estúpido que...?

La voz del conserje y la visión de la imagen debieron llegar hasta ella al mismo tiempo:

—Es míster Robert, señorita.

Y ella, con los ojos muy abiertos:

—¡Robert!

El miró la imagen, intentando sonreír:

—Soy yo, Marión...

—¡Sube en seguida!

Ya en el ascensor, Robert se sintió otro hombre, como si pisase más firme.

Cuando la puerta del apartamento de ella se abrió, se miraron ambos unos instantes; después, bruscamente, Marión se echó en brazos de Scully, besándolo cariñosamente.

—Pasa, querido.

El se asombró del lujo con que estaba puesto todo y el buen gusto que reinaba por doquier. Conducido por ella, atravesó dos saloncitos, penetrando por último en un «living» amplio, con grandes ventanales que daban a la calle.

—Siéntate.

Mientras ella preparaba unas bebidas, él la contempló, comprobando que estaba más hermosa que nunca. Recordó entonces, con un rictus de amargura en los labios, que se habían enfadado a raíz de la decisión de él de dedicarse al pilotaje de aeronaves. Habían tenido una desagradable escena y se habían separado definitivamente.

Ahora...

Pensó él en todo lo que tenía que contar a la muchacha y gozó, por anticipado, de la sorpresa que vería pintada en su rostro. No importaba nada aquella riqueza que le rodeaba, ya que él podía

procurarle algo superior, algo que ni ella misma se hubiese atrevido a soñar.

Marión se acercó con una bandeja y dos vasos.

—Toma.

Y después de tomar asiento frente a él comentó:

—¡Vas sin afeitarte, Robert, y pareces muy cansado! ¿Te ha ocurrido algo malo?

—Así, así...

—¿Qué quieres decir?

—Era el piloto de la «Blue Star».

—¿La nave que salió para la zona de los asteroides?

—Sí.

—¿Ya habéis vuelto? Es extraño; no he oído decir nada. Sin embargo, al salir, os hicieron una propaganda formidable...

—Sí.

—¿Entonces?

El sonrió, seguro de sí mismo.

—Te lo contaré todo, absolutamente todo, Marión. Y puedes estar completamente segura de que te maravillarás... Pero hablemos un poco de ti... ¿Cómo te va?

—Vamos tirando...

El hizo un gesto, abarcando cuanto les rodeaba.

—No te va muy mal, por lo que se ve.

—Ya te he dicho que no puedo quejarme.

—¿Sabes que he oído hablar mucho de ti? Te estás haciendo tremendamente famosa.

—¿Sí?

—Francamente, no sé cómo el Gobierno te permite hablar como hablas... ¿No tienes miedo, querida?

—No puedo tenerlo.

—¿Porqué?

—Cuando se tiene a un hombre como Rapp cerca de una, puede estarse completamente tranquila.

—¿Es... tu...?

—?Mi nada; es decir, si quieres que llamemos, francamente, las cosas por su nombre, Rué W. Rapp es... mi jefe.

—¿Tu jefe?

—Sí. Escucha, Robert: yo sé que puedo tener toda la confianza contigo; te conozco desde hace muchísimo tiempo y sé que eres un buen muchacho...

—Gracias.

—No las merezco. Como te decía, Rapp es mi jefe y él sabe qué persigue al lanzar esas canciones que él me entrega ya preparadas... Es un hombre ambicioso y muy poderoso, en el que se puede tener una completa confianza.

—Ya veo.

—Pero, entiéndelo bien, no hay nada entre nosotros que no sea el contrato que firmé para él... No le conoces, Robert. Si se hubiese fijado en mí, jamás me hubiera atrevido a abrirte esa puerta..., porque te aprecio.

—¿Es... un duro?

—Puedes llamarle como quieras. Es, sencillamente, un hombre que barre de su camino todo lo que le molesta.

—Comprendo. Debe desear que los asiáticos suban al poder. ¿No es así?

—Yo no entiendo nada de política. Lo único que me interesa es vivir bien... y eso, como puedes comprobarlo, lo he conseguido. Al mismo tiempo, me gusta la fama... No olvides que soy y he sido una artista.

—Ya.

—Y ahora cuéntame tus cosas. Me estoy muriendo de impaciencia...

El la miró fijamente.

—Primero deseaba hacerte una pregunta, que quiero que me contestes con franqueza.

—Bien.

—¿Hay algún hombre en tu vida, Marión? ¿Estás enamorada de alguien?

—No.

—Y... ¿me quieres aún?

—¡Vaya pregunta! Si no fuese así, no te habría recibido... ¡Después de lo que me hiciste!

Robert sonrió.

—Todo eso ya está olvidado, cariño... Ahora, seguro de que me sigues queriendo, puedo hablarte con toda franqueza... Debo esconderme, Marión.

—¿Porqué?

—Porque he vuelto completamente solo... Los otros murieron en los asteroides.

—¿Y por eso has de esconderte?

—No. He descubierto algo maravilloso: un yacimiento de «cosmogium».

—¿Eh?

—Sabes lo que es, ¿verdad?

—¿Y quién no? Ya se armó bastante jaleo cuando descubrieron ese cuerpo que, según los optimistas del Gobierno, iba a solucionar todos nuestros problemas.

—Eso es. ¡Pues yo he descubierto un yacimiento que me puede convertir en el hombre más rico del mundo! ¡Como te lo digo! ¡En el

hombre más rico del mundo!

—¿Y estás seguro de que se trata de «cosmogium»?

—¡Completamente! Además, amor mío —se tocó el bolsillo de su guerrera—, me traje un buen trozo para convencer a los que creyesen que me había vuelto loco.

Ella le miraba, con una intensa luz en los ojos.

—Es muy importante,, Robert.

—Ya lo sé. Por eso vine a verte, querida. Yo ya me imaginaba que estabas en relación con gente importante. ¡Y no me equivoqué!

—¿Te refieres a Rapp?

—Sí.

Marión se frotó largamente el mentón, reflexionando profundamente.

—Esto va a trastocar completamente sus planes, aunque no creo que deje de alegrarse... ¿Te interesa que le hable, querido?

—Sí.

—Ya te dije que es un hombre ambicioso.

—Mejor que mejor. Lo que tenemos que lograr es un buen bocado para ti y para mí... ¡Viviremos como príncipes... Marión! ¿Te das cuenta?

—Ya, ya...

Había entornado los ojos y estaba profundamente ensimismada, con el entrecejo fruncido.

—¿No me crees? —inquirió él, alarmado por aquella inusitada expresión.

—Sí, cariño..., pero estaba reflexionando... Ha sido, en verdad, una sorpresa muy grande. ¿Nadie más sabe esto?

—Nadie.

—¿Y los otros?

—Murieron... Un desdichado accidente... —sonrió—. ¿Comprendes?

—Sí, ya entiendo.

El intentó entonces, justificarse:

—¡Era mi porvenir; es decir, el nuestro, Marión! ¡No tuve otro remedio!

—No te esfuerces en demostrármelo, Robert. Ya te he dicho que lo entendía perfectamente.

Se levantó nerviosa y empezó a pasear por la estancia.

—Hay que decírselo a Rapp...

—Eso.

Se detuvo ante él, mirándole, con una sonrisa amable en los labios.

—Tú debes de estar muy cansado, cariño... Échate un poco y descansa.

—¿Y tú?

—Yo voy a ver a Rapp.

—¿Por qué no le telefoneas?

—¿Te has vuelto loco? Cuanto menos se hable de todo esto, mejor... Escucha, Robert: Rapp tenía sus planes, pero tus palabras, es decir, tu hallazgo va a trastornarlo todo. Cuanto antes lo sepa, mejor podrá orientar las cosas. Dame un beso, cariño... y vete a descansar... ¡Te lo mereces todo!

El la besó con pasión; después, cuando ella le hubo mostrado la habitación destinada a los huéspedes, salió de la casa, después de desearle unas buenas noches.

* * *

Rué W. Rapp era un coloso. Su rostro de perro de presa era como el coronamiento de aquel cuerpo macizo, ancho de espaldas, con un tórax bombeado, de boxeador.

Los hombres que le rodeaban, en aquel instante, alrededor de la mesa de póquer, eran insignificantes y su aspecto canallesco se disimulaba bastante a su lado.

El salón era amplio y estaba lujosamente arreglado. Un criado filipino iba llevándose las botellas vacías y poniendo en los cubos de hielo la nueva carga.

—¿Qué tal, Marión, esta noche? —inquirió Rué, mientras otro de ellos barajaba las cartas.

Lothar Glasby, un hombre delgaducho, macilento de color y de nariz ganchuda, se pasó la mano por los resecos labios antes de decir:

—¡Mejor que nunca!

—¿Y la gente?

—La ovacionaron como jamás lo habían hecho.

Rapp sonrió satisfecho.

—Seguro que mañana cientos de emisoras comentarán las canciones de la pequeña... El ambiente no puede estar mejor para nosotros.

—¡Ya es hora de que lleguen las elecciones!

—Se acercan... Y esta vez que los americanos se despidan del mando. Ya lo han tenido demasiado tiempo.

Arthur Case, otro de los del grupo, enarcó las cejas, al inquirir:

—¿Crees que los asiáticos lo solucionarán todo, Rué?

Este se encogió de hombros.

—¿Y eso qué puede importarnos? Nosotros cobraremos por haber provocado el cambio de Gobierno... Lo demás no nos interesa nada. El dinero será siempre dinero.

El otro asintió:

—Comprendo.

Fue en aquel momento cuando el filipino se acercó a! dueño de la casa, musitando unas palabras junto a su oído.

Rapp exclamó:

—¿Marión aquí? ¿Qué diablos quiere? Debía estar descansando.

El criado insistió:

—Dice que es urgentísimo, señor... Quiere verle a solas.

—Bien.

Se levantó, malhumorado, atravesando el salón y penetrando en un «hall» donde se hallaba la muchacha.

Esta se le acercó, dejándose estrechar la mano por el gorila.

—¿Qué hay, pequeña? Ya sabes que no me gusta que salgas sola.

—Es importante.

—Habla.

Ella se lo contó todo, sentada a su lado, sin omitir detalle.

Rapp escuchaba atentamente, pero con un rostro inmovible. Sólo cuando la palabra «cosmogium» fue dicha, sus ojos adquirieron un brillo más intenso, pero sus facciones continuaron totalmente inmovibles.

—Eso es todo, querido.

Rapp encendió un cigarrillo y ofreció otro a la muchacha.

—Este asunto puede cambiar completamente mis planes — musitó entre dientes.

—Lo suponía.

—Eres muy lista, pequeña... Si todo esto resulta cierto... y tan importante como parece, mandaré a paseo a los asiáticos. Porque habrá un nuevo candidato al mando en el mundo: Rué W. Rapp.

—¡Cariño!

El sonrió, por primera vez.

—¿Te gustaría, eh, picarona? El mundo necesita alguien que le devuelva la prosperidad de otros tiempos. Las fuentes de energía se

están agotando y un final desastroso se acerca... mande quien mande. Pero yo puedo proporcionar al mundo lo que necesita. Y nadie podrá quitarme las riendas del poder en cuanto mis manos puedan apoderarse de ellas.

Marión, miró aquellas manos y se estremeció. Porque, evidentemente, no eran manos que soltasen fácilmente su presa.

CAPÍTULO III

Afeitado y con un traje que Marión había ido a comprarle, Robert Scully, ante el espejo, se encontraba completamente desconocido y sumamente aceptable.

Sonrió.

Las cosas empezaban a moverse dentro de los cauces que él había previsto. Todo iba bien.

La chicharra de la puerta sonó y Robert oyó los pasos de Marión que iba a abrir. Aquella misma mañana, cuando la mujer de la limpieza llegó, la muchacha le dijo que no la necesitaba por unos días, ya que no deseaba que nadie supiese que Robert estaba allí. En cuanto al conserje del edificio, unas palabras de Rapp, que le había telefoneado bien de mañana, sellaron sus labios con la seguridad de un perfecto lacrado.

La puerta se abrió y Robert oyó perfectamente, unos pasos fuertes, firmes, que se acercaban al salón, a cuyo lado estaba el cuarto de baño donde se hallaba él.

Después la voz de la muchacha:

—Sal, Robert.

Se anudó la corbata, echándose una última mirada al espejo, seguro de que iba a causar una buena impresión.

Luego, un tanto nervioso, no obstante, abrió la puerta, chocando su mirada con la de Rapp, que estaba sentado en un sillón y que le miraba fijamente.

—Puedes dejarnos solos, pequeña.

Ella salió, dirigiendo un afable gesto hacia Scully, que se había quedado en pie, sin saber qué hacer.

—Siéntate —ordenó el coloso.

Robert obedeció, encendiendo un cigarrillo para buscar un poco de tranquilidad; después, molesto por el silencio y la mirada escrutadora del otro, se aventuró a inquirir:

—Usted es míster Rapp, ¿verdad?

—Sí.

—Encantado.

Rué no contestó, encendiendo, a su vez, un habano, cuya punta, después de morderla, escupió, sin preocuparse de la costosa alfombra que cubría el suelo.

—Tú eres Robert Scully, ¿verdad?

—Sí, señor.

—He hecho algunas investigaciones sobre ti. Así he sabido que eres, en efecto, el piloto de «Blue Star», que salió con una misión oficial hacia la zona de los asteroides hace tiempo...

—Eso es.

—Marión me ha contado cosas bastante interesantes, que quiero oír de tu propia boca... ¿Es verdad que has encontrado un yacimiento de «cosmogium» en uno de esos asteroides?

— Es verdad.

—¿Es importante ese yacimiento?

—Sí.

—¿A cuánto calculas que asciende su riqueza?

—A muchas toneladas.

—Me han dicho también que traes una muestra. ¿No es así?

Robert sacó una caja de plomo del bolsillo.

—Aquí está.

—Un miligramo, ¿verdad?

—No —repuso Scully, con una sonrisa—. Un miligramo podía haber sido fabricado... pero aquí hay diez gramos.

—¡Diez gramos!

—Eso mismo; una pequeña fortuna en esta cajita. ¿Comprende?

—Sí.

Hubo un corto silencio.

—Quiero —dijo Robert, que había ido ganando confianza—que lo haga analizar por algún técnico. Verá que la riqueza de este «cosmogium» es del ciento por ciento. Esto le convencerá de la importancia de mi descubrimiento.

—Ya estoy convencido.

—Mejor.

Rapp miró fijamente a su interlocutor.

—¿Qué hiciste con tus compañeros?

—Los maté.

—Comprendo... Bien, creo que ya es hora de que empecemos a hablar de negocios... ¿Qué es realmente lo que quieres?

—Mil millones de «states».

Rué emitió un agudo silbido.

—No te andas por las ramas, muchacho... ¡Mil millones! ¿Crees que los tengo?

—No, no los tiene.

—¿Entonces?

—Pero puede tenerlos. No solamente mil, sino cien mil... muchísimo más. Piense que voy a proporcionarle una fuente de riqueza indudable

y, al mismo tiempo... una fuente de poder.

—¿Por qué no lo aprovechas tú mismo?

Scully sonrió:

—Porque carezco de medios, de relaciones, de amistades, de influencia. Todo lo que a mí me falta le sobra a usted... ¿No es así?

—Puede ser.

—Yo quiero que se me entreguen mil millones, depositados, a mi nombre, en un banco. Cuando tal requisito se haya hecho, le llevaré al lugar donde se encuentra el yacimiento. Y quiero agregar que yo no estaré allí más que el tiempo preciso para señalar el lugar... El resto le corresponderá a usted y a sus hombres.

—Bien.

—¿Acepta?

—En principio, sí.. De todas maneras, deseaba conocer un poco tus proyectos. ¿Por qué no compartir toda la riqueza, de la que sacarías muchísimo más provecho que de esos mil millones?

—Quiero aprovechar mi vida; es decir, nuestra vida.

—No te comprendo.

—En cuanto haya obtenido esa suma, me casaré con Marión. El resto no me interesa.

—¡Muy romántico! —Rapp había hecho una mueca, que Robert no advirtió—. Todo eso me parece muy bien —agregó, después de una corta pausa—. Voy a interesarme por reunir esa suma lo antes posible.

—Hay otra cosa aún; es decir, dos cosas.

-Habla.

—Primero: deseo que se me haga una intervención de cirugía estética en el rostro.

—¿Tienes miedo?

—Sí. Los del U.B.I. deben de haber encontrado la astronave y me andarán buscando.

—Eso es sencillo de hacer. ¿Cuál es la otra cosa?

—Deseo cien mil «states» para mis primeros gastos.

—Eso también es fácil.

Sacó un talonario de cheques e inscribió la cantidad, firmando a continuación. Después extendió el papel a Scully, que lo leyó atentamente.

—¿De acuerdo?—inquirió Rapp.

—Perfecto.

—Te mandaré a uno de mis hombres cuando tenga arreglado lo del cirujano. ¿Cuándo podremos salir para los asteroides?

—Cuando usted lo desee.

—Bien.

Rué se levantó y salió de la estancia silenciosamente, sin una palabra más. Robert oyó sus fuertes pasos, que se alejaban y miró el talón, que tenía en la mano, sonriendo intensamente.

Los sueños empezaban a convertirse en realidad.

* * *

Simmons, después de indicar un asiento a Harry Grube, siguió anotando unas cosas, permaneciendo así unos minutos. Hasta que volvió a levantar la cabeza.

—Hemos encontrado al «Blue Star» —anunció.

—¿Eh? —se extrañó Harry.

—Sí. Le recuerdas, ¿verdad?

—Perfectamente. Asistí a su salida hacia los asteroides. Creí que se había perdido.

—Todo el mundo lo creía; pero lo hemos encontrado.

—¿Dónde?

—Junto al desierto de Gobi. Lo abandonaron.

—¿Quién?

—Eso también lo sabemos. Un estudio de las huellas, en el interior de la nave, nos ha convencido de que sólo uno de todo el equipo ha vuelto a la Tierra; el piloto Robert Scully.

—¿Y los otros?

—No sabemos nada. La única persona que podría explicarnos lo que ha ocurrido es Robert Scully.

—¿Lo han visto?

—No. Ha desaparecido.

Grube se frotó el mentón.

—Es extraño... ¿Estaba averiada su astronave?

—No. Scully podía haber aterrizado en cualquier espaciódromo de la Tierra. Si lo hizo en el desierto de Gobi, fue porque deseaba hacerlo.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que Robert Scully no quiso que supiésemos que llegaba. Aprovechó, como un excelente piloto que es, la zona donde el radar era menos intenso y se posó en un lugar donde podía abandonar la astronave y desaparecer. Indudablemente, llegamos demasiado tarde y es más que seguro que haya dejado Asia y hasta posible que se encuentre aquí.

—Pero... ¿por qué no quiso ser recibido por las autoridades? Todo el mundo lo hubiera aclamado, ya que se daba al «Blue Star» como perdido y ha sido un éxito cierto regresar con esa astronave.

Simmons sonrió.

—También conocemos el motivo de que no haya querido ser visto.

—¿Sí?

—Nuestros técnicos han examinado la nave detalladamente. Y además de las huellas que Robert ha dejado, hemos encontrado otras mucho más interesantes.

—¿Venía... acompañado?

—Sí, en cierto modo. Uno de los timones dé popa estaba ligeramente averiado, quizás al hacer un aterrizaje un tanto forzoso. El contador Geiger reveló una oscilación radiactiva de tipo esencial y que, sin ningún género de dudas, corresponde al «cosmogium».

—¿«Cosmogium»? ¿Sabe usted lo que dice, Simmons?

—Perfectamente. Robert ha debido de descubrir un yacimiento de ese maravilloso mineral y ha vuelto... solo, deseoso de hacerse inmensamente rico.

—Ya empiezo a comprender.

—Desgraciadamente, aunque sospechamos lo que piensa hacer, desconocemos su paradero y sus amigos... Porque no hay duda de que buscará la® ayuda de alguien para que puedan explotar esa inmensa riqueza.

—Habla usted como si conociese la importancia de ese hipotético yacimiento.

—No es hipotético, Grube. Y de su importancia basta que tenga unas pocas toneladas para que pueda solucionar nuestros problemas durante un buen número de años.

—Pero ese hombre es un loco. ¿Es que no sabe que iremos a los asteroides antes que él? Poseemos los medios y...

—De nada nos servirán, Harry —le interrumpió el otro—. Hay miles de asteroides y sólo Robert conoce aquel donde se halla el yacimiento. Piense que el descubrimiento que hicieron debió ser una verdadera casualidad.

—Ya...

—Naturalmente que podíamos intentar controlar la salida de todas las astronaves particulares que abandonen la Tierra; pero es casi seguro que Robert vaya escondido en una de ellas y que, una vez en Marte, se dirija hacia el asteroide en cuestión, escapando con cierta facilidad a nuestras patrullas.

—¿Entonces?

—No hay más que un medio; encontrar a Robert antes de que salga de

la Tierra.

—Va a ser un poco difícil.

—Lo sé; pero no hay otro remedio. Estoy completamente seguro de que Scully se halla aquí, en América, y hasta podría afirmar que en Nueva York, ya que es de aquí de donde salen más astrocohetes para el espacio... (Hay que encontrarlo, Grube!

—¿No se le conocen antiguos amigos, algo que pueda orientarnos, señor?

—Ya he hecho una investigación a fondo. No, Grube; ese pájaro no tenía amigos... Sólo se ha llegado a saber que tuvo relaciones amorosas con esa Marión Hiller, tan tristemente célebre en estos días.

—Anoche fuimos a oírla, señor.

—¿Sí?

—Sí. Deseábamos conocerla personalmente. Justamente oímos sus canciones y no comprendemos cómo el Gobierno consiente...

—Ya sabe usted, Grube, que no podemos inmiscuirnos en los derechos individuales; sería nuestra pérdida precipitada. Creo que lo mejor sería investigar alrededor de esa mujer, ya que Robert no debe de andar lejos...

Y después de una pausa:

—¿Quiere encargarse, Harry?

—Sí. Aunque, verdaderamente, no sé cómo hacerlo.

—He estado forjando un plan, antes de que usted llegase, ya que estaba seguro de que iba a admitir este trabajo. Usted y Mayo son dos excelentes astronautas y es casi obligado que «ellos», los nuevos amigos de Scully, necesiten gente así... Yo pensaba desencadenar un verdadero escándalo, tomándolos a ustedes dos como víctimas...

—Apenas le comprendo, señor.

—Verá. Mañana, todos los periódicos, la radio y la televisión, así como los visófonos públicos, comunicarán que Mayo y usted han sido expulsados del Cuerpo de Astronautas por su afinidad con los asiáticos... Se dirá que son ustedes los mejores pilotos del Cuerpo y que éste ha lamentado mucho su pérdida. Es casi seguro que los

amigos de ese tipo vean en ustedes lo que necesitan. No olvide que la navegación entre los asteroides es difícilísima.

—Ya lo sé por experiencia; pero no olvide que Robert es también un estupendo piloto. ¿Para qué necesitarán más?

—Tengo la intuición de que ese desdichado no se ha dado cuenta de que se ha metido de cabeza en la boca del lobo. ¿Me entiende?

—Sí.

—Si ustedes dos aparecen en el momento oportuno, es posible que tengamos la suerte de que formen parte de la expedición que partirá en busca del «cosmogium». Un «microemisor», aparato con el que ellos no cuentan, ya que no sospechan la existencia, puede ponernos en comunicación con ustedes dos en el momento preciso.

—Bien.

—Y nada más, Grube. No creo que, por el momento, volvamos a vernos. Ya sé que ustedes dos no tienen miedo, pero les ruego una prudencia que debe estar en relación con la importancia de la misión que se les encomienda. Saben todo lo que depende del éxito de la empresa.

—Seremos prudentes, señor Simmons.

* * *

Rapp se adelantó para encender el cigarrillo que, en el extremo de la larga pipa de oro, tenía Marión entre los labios.

—¿Has ido a verle?—inquirió él.

—Sí.

—¿Cómo está?

—Con la cara vendada. El médico ha dicho que le quitará mañana los vendajes.

—Bien. ¿No habrás cometido el error de decirle algo de lo nuestro, verdad?

—¿Crees que estoy loca? Si supiese que estamos prometidos, nunca dejaría que hiciese el negocio. Pero, ¿qué ocurrirá después, Rué?

—De eso no tienes que preocuparte, pequeña... Y cambiando de conversación; me han dicho que hubo un escándalo formidable ayer noche...

Ella asintió:

—Sí. Dos jóvenes, en primera fila, promovieron un escándalo, pero fue a mi favor... Aplaudían rabiosamente y no cesaban de gritar «¡stop!» para que volviese a cantar. Casi no dejaron tocar a la orquesta.

—¿Qué pasó después?

—Vinieron a mi camerino, con dos ramos de flores enormes... Eran muy simpáticos.

Rué torció el gesto.

—¿Te dijeron algo?

—Sí. Me contaron que habían sido expulsados del Cuerpo de Astronautas. Manifestaron claramente sus simpatías por el partido asiático y, a pesar de ser los mejores pilotos, les echaron a la calle.

La mirada de Rapp brilló un tanto.

—Eso puede interesarme. ¿Cómo se llaman?

—Sólo recuerdo sus nombres: Harry y Leonard; éste era mucho más afable que el otro.

—¿Dijeron algo más?

—Hablaron mucho. Querían abandonar América e irse a Asia, para ponerse a las órdenes de los asiáticos, por si los necesitaban. Dijeron, ahora lo recuerdo, que esta noche vendrían a despedirse de mí, ya que querían irse mañana.

—No lo harán.

—¿Eh? No piensas hacerles nada malo, ¿verdad, Rué?

—¿Es que alguno de ellos te interesa... verdaderamente?

—¡No digas bobadas! Me parecieron dos muchachos encantadores,

llenos de entusiasmo por nuestra causa; eso es todo.

— Bien, bien... Esta noche estaré con ellos en tu camerino... Les atenderé personalmente. Y ya sabes, pequeña, que no te consentiré nada que pueda hacerte creer que eres libre. Si aguanto a ese idiota de Scully es... por lo que tú sabes.

CAPÍTULO IV

Robert se contempló en el espejo y sonrió satisfecho, del cambio completo que se había realizado en su rostro.

Nadie sería capaz de reconocerle.

Ahora sí que podría, al regreso de lo, moverse libremente, sin temor alguno, al lado de la mujer más hermosa y más célebre del mundo entero.

Era una sensación tan maravillosamente nueva aquella de sentirse inmensamente rico, de comprar todo lo que se le antojase, de no experimentar la agobiante sensación de hacer números antes de decidirse a adquirir cualquier cosa.

—¡Soy un hombre rico! ¡Un hombre afortunado! —se decía, entre dientes. Antes de regresar al apartamento de Marión compró un brazalete de diamantes en el que invirtió diez mil «states». Y con el flamante estuche en el bolsillo, hizo una estupenda aparición ante la muchacha, que al ver la joya le abrazó con efusión:

—¡Eres maravilloso, Robert!

—¿Estás contenta, amor mío?

—Te quiero mucho...

—Y yo a ti. ¿Has visto a Rapp?

—Sí. ¿Por qué?

—Voy a decirte algo, cariño; ese tipo no me gusta nada y estoy deseando acabar con él para poder respirar tranquilo.

—¿No se ha portado correctamente contigo, Robert?

Este torció el gesto.

—Sí, se ha portado correctamente... ya lo sé; pero, de todos modos, es una cosa que no puedo evitar.

—¿El qué?

—Sentir, cuando estoy a su lado, algo parecido a lo que experimentaría si estuviese a la vera de una serpiente de cascabel.

—Exageras, Robert. Precisamente, anoche habló de ti y lo hizo en términos elogiosos.

—Mejor será así.

—No tardarán en venir.

—¿Quién?

—Rué con dos buenos amigos: dos pilotos del espacio...

Scully frunció el entrecejo:

—¿Dos... pilotos? ¿Para qué diablos los quiere?

—¿No fuiste tú quien dijo que te volverías en seguida, en cuanto hubieras señalado el yacimiento del mineral?

—Sí. Por eso exigí dos astronaves; una de ellas, la mía, puede ser una simple biplaza... ¡yo la traeré a la Tierra!

—Pues por eso mismo contrató Rué a dos pilotos.

Robert sonrió.

—Poco me importa, después de todo; pero te advierto que yo guiaré mi astronave en la ida y, naturalmente, en el regreso.

—¿Por qué?

—Porque navegar en la zona de los asteroides no es nada fácil... Ningún marino, en ninguna época, conoció un mar proceloso que pudiese compararse a aquel pedazo de espacio cósmico... ¡Arrecifes gigantescos que se mueven! ¿Puedes imaginártelo?

—Ni ganas. No iré yo.

El se le acercó, meloso.

—Pero todo eso lo hago por ti, preciosa. Volveré; no lo dudes... ¡Ni el mismo diablo sería capaz de detenerme!

—Lo sé, cariño.

Iba él a besarla cuando el timbre de la puerta se dejó oír.

—Son ellos... Voy a abrir.

—¿Has advertido a Rué de que no debe llamarme por mi antiguo nombre?

Ella sonrió:

—No te preocupes, querido... Todos sabemos que te llamas ahora Lewis Sanders.

—Bien.

Momentos después, Rué, seguido por Harry y Leonard, penetró en la habitación. El coloso hizo un gesto, señalando a Robert:

—Mi socio, míster Sanders.

Hubo apretones de manos y se sentaron después, mientras Marión preparaba las bebidas.

—Estos son los dos pilotos que he encontrado, Sanders... ¿qué te parecen?

Robert miró a los dos jóvenes.

—¿Han navegado mucho?

—Hemos hecho la ruta de Marte durante cerca de dos años; tres veces por año.

—¿No pasaron de Marte?

—Nadie lo ha hecho, que nosotros sepamos.

Robert sonrió, después, con tono fatuo, dijo:

—Yo lo he hecho.

—¿Usted?

El asombro que se pintó en los rostros de los dos amigos era completamente sincero, al menos aparentemente.

¿Qué hubiese dicho aquel imbécil si hubiera sabido que habían llegado hasta Urano?

—Sí. Yo he ido más allá de Marte; pero eso no tiene importancia... porque supongo que ustedes también irán pronto. ¿No es así?

—Eso creemos. Míster Rapp nos ha contratado para ir a la región de los asteroides. Un sitio peligroso, ¿verdad?

—Sí.

—Por fortuna, nos dijo que tendríamos un guía. Y ahora nos damos cuenta de que es usted.

Harry hacía esfuerzos, sin lograr nada, por encontrar un parecido entre aquel hombre y las fotos que Simmons le había enseñado de Robert Scully. Eran dos hombres distintos.

—Yo les guiaré, con mucho gusto... ¿Qué clase de astronave llevarán? Intervino Rapp:

—Un cargo, tipo M-55... ¿qué le parece, Sanders?

—Es una nave grande, demasiado grande, pero maniobra bien. Yo llevaré, seguramente, una T68...

—¡Eso es un juguete! —sonrió Mayo.

Rué intervino nuevamente, deseoso de concretar.

—Si todo marcha como yo pienso, saldremos dentro de una semana... ¿estamos de acuerdo?

Todos asintieron con un gesto enérgico de cabeza.

* * *

para viaje a asteroides Stop Jefe expedición Rué W. Rapp Stop Socio sospechoso de haber viajado por espacio más allá de Marte completamente desconocido Stop Verificaré otros datos Stop Salimos mañana noche Stop Zona de salida 23-L-Of Stop Procure no intercepción Stop Comunicaremos si posible por microemisor Stop Saludos —Harry Grube.

* * *

Marión encendió otro cigarrillo. Ante ella, todavía extrañado, Leonard Mayo miraba a aquella mujer, encontrándola, por encima de todo lo que podía haber dicho de su nefasto papel en la política mundial, extraordinariamente atractiva.

—Todavía me pregunto por qué me ha mandado llamar. Ella sonrió, recostándose en su diván:

—Si quiere que le diga la verdad, yo tampoco lo sé... —¿Entonces?

—Son cosas difíciles de explicar. Para una mujer, señor

Mayo, hay siempre algo que sustituye a la explicación; la intuición.

—¿Y esta vez a qué responde la intuición?

—Todavía no lo sé. Fíjese bien, amigo mío, que no estaba dispuesta, en modo alguno, a tomar parte en esa aventura que van a iniciar ustedes. Con toda franqueza; detesto los peligros.

—¿Y bien?

—Ahora me encuentro en una especie de callejón sin salida. Hace muy poco, mi deseo viró por completo, y heme dispuesta a partir para los enigmáticos asteroides.

—No debe hacerlo.

—¿Porqué?

—Porque, sencillamente, no es un sitio par a una mujer. Yo no sé qué diablos vamos a hacer allá, pero le aseguro que no será para contemplar las puestas de sol.

Ella volvió a sonreír.

—No me importan los peligros, al menos desde hace unas horas... Verá usted, Leonard; una mujer como yo, desea llegado un momento... ¿cómo lo diría yo?... echar el ancla, detenerse; pero para hacerlo, al igual que el marinero, ha de conocer bien el fondo, evitando molestias que podían traducirse en lágrimas y arrepentimientos, cosas a las que tengo verdadero horror.

—No la entiendo.

—Pues hablo muy claramente... Cuando se conoce el fondo, por esa intuición de siempre, es agradable echar el ancla, detenerse, ya que la vida no puede ser este ir y venir, sin objetivo final alguno. ¿Me entiende ahora?

—Menos que antes.

—Bien; hablaremos claro... ¿Cree usted que yo podría hacer feliz a un hombre?

—Estoy plenamente convencido.

—¿A cualquier hombre?

El la miró, fijamente.

—Es una pregunta difícil, señorita Hiller.

—Comprendo,.. Vamos a formular algunas hipótesis: si usted tuviese que elegir una mujer... ¿qué le parecería yo?

Leonard sintió que algo empezaba a salir descompasadamente en su pecho.

—¿Usted?

—Sí, yo.

—Pues...

Sonrió, incapaz de decir lo que sentía; pero ella, adelantándose un poco, acercando su rostro al del joven:

—Estoy esperando...

El retrocedió, instintivamente.

—La elegiría —dijo con un suspiro.

—Eso es lo que me ocurriría a mí —repuso ella—, es decir, lo que ya me ha ocurrido...

—¿Qué quiere usted decir?

—Que si voy en la expedición... es por usted, Leonard.

Se miraron, larga y fijamente; después, él, presa de una agitación que no había sentido jamás, alargó la mano, cogiendo la de la muchacha.

—No es posible... —musitó.

—¿Por qué no, querido? Hay que ser valiente y reconocer los hechos, por muy raros que nos parezcan... Yo, hasta ahora, creí estar enamorada de un hombre ideal, inexistente; pero después he visto que mi quimera se convertía en realidad... al conocerte.

Sin poder contenerse más, Mayo la cogió en sus brazos y la besó apasionadamente. En aquel momento, precisamente entonces, se olvidó de todo, ya que nunca había soñado conseguir una felicidad como aquélla.

* * *

Rué encendió otro de sus habanos. No le importaba nada que el humo molestase a Marión, que echada en el sofá, tenía el mentón en las manos y parecía soñar en algo tan lejano como quimérico.

—¿Conseguiste algo?

—Sí.

—¿Qué?

—Enamorarle.

—¡No seas estúpida! Te preguntaba si habías conseguido que te dijese algo importante.

—¿El primer día? ¿Por quién me has tomado? He conseguido encender una llama que le consumirá por completo... Dirá todo...

Rapp se pasó la mano por el abotargado rostro.

—No sé... Lothar afirma que el rostro de ese hombre corresponde al de un agente del U.B.I. Puede que se equivoque, pero debemos salir de dudas.

Y después de una pausa:

—¿Crees que lograrás algo antes de la marcha?

—No.

—¿Qué quieres decir?

—Que no; eso he dicho... Tendré que ir con vosotros.

—¿Te has vuelto loca?

—¿Por qué? Tú quieres saber y haces que investigue cuando sólo faltan unas horas para la marcha... Además ¿por qué no iría? Puedo serte de mucha ayuda.

—No lo creo. Una mujer entre hombres es siempre un motivo de discordia. No, no vendrás.

—Haces mal en oponerte.

—Hago lo que quiero. Prefiero sonsacar a ese par lo que deseo utilizando otros métodos más convincentes que los brazos de una mujer.

—No conseguirás nada.

—¿Lo crees así?

—Estoy completamente segura. Si esos hombres son del U.B.I. como sospechas, ninguna tortura, les despegará los labios. Pero, si logro ganarme la confianza de uno de ellos, dirán todo lo que yo quiera; jamás ningún hombre esconde nada a la mujer que ama.

Rapp entornó ligeramente los ojos.

—Puede que tengas razón; sin embargo, el llevarte con nosotros puede convertirse en un verdadero problema.

—No os molestaré; te lo aseguro...

La llamada a la puerta interrumpió la conversación. Momentos más tarde, Robert penetraba en la estancia.

—Ya está todo preparado —anunció.

—¿Las dos astronaves?

—Sí. En el viaje de ida remolcaremos la mía, hasta que lleguemos cerca de los asteroides. Una vez allí, haré de guía.

Miró fijamente a Rapp y después de un silencio preguntó:

—¿Ha ingresado el dinero?

Rué se echó mano al bolsillo interior de su chaqueta.

—¡Es verdad! Lo había olvidado... —dijo—. Aquí tienes la transferencia... Mil millones. He tenido que movilizar todos mis recursos e interesar a gente que no deseaba mezclar en esto; pero ya estarás satisfecho, ¿verdad?

Robert miró los papeles y sus ojos adquirieron un brillo intenso.

—Completamente satisfecho —se volvió a la muchacha—. Si necesitas algo, Marión... puedo abrirte una cuenta corriente.

Iba ella a contestar cuando Rapp intervino:

—No, no necesita nada.

Scully enarcó el entrecejo.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que Marión no va a necesitar nada porque quiere venir con nosotros.

Robert quedó atónito.

—¿Eh? No habrá perdido usted la cabeza, ¿verdad, Rapp?

—Pregúntaselo a ella.

Robert se volvió hacia la muchacha, que sonreía misteriosamente.

—¿Es eso verdad, cariño?

—Sí —se acercó melosa a él—. ¿Cómo quieres que te deje ir solo, si

vas a regresar en seguida? Lo he pensado bien, Robert. Hubiese sido un egoísmo horrible el quedarme aquí mientras tú consigues lo que deseamos.

Robert sonrió gozoso.

—¡Querida!

La abrazó con fuerza.

—¡Vamos! ¡Vamos! —intervino Rué, con una mueca de desagrado—. ¡Dejaos de pamplinas! Tú, Scully...

La pareja se separó.

—¿Qué quiere?

—Has de ir a los hangares para dar los últimos toques. ¿Qué tal los dos nuevos?

—Saben lo que llevan entre manos, señor. Las astronaves no tienen secretos para ellos.

—Bien. Ve para allí... Yo me reuniré en seguida con vosotros.

—¿Y tú, Marión?

—Iré en seguida, amor mío.

Le besó y Robert salió, silbando una canción de moda.

Rué y Marión se quedaron mirándose fijamente antes de hablar.

—No te entiendo —dijo ella, después de una larga pausa—. No querías que fuese y, de repente, has dicho a Robert lo que, unos momentos antes, yo temía comunicarle.

—La culpa ha sido de él.

—¿Por qué?

—Porque deseaba abrirte una cuenta corriente en el banco.

—¿Y qué tiene eso de malo?

—Mucho. Si ese imbécil llega a pasar por un banco, se hubiese descubierto en seguida que la transferencia que le he entregado es

completamente falsa. ¿De dónde quería ese idiota que yo sacase mil millones de «states»?

Marión lanzó una carcajada.

—¡Eres implacable, Rapp!

CAPÍTULO V

La astronave-cargo, completamente pintada de nuevo y con un nombre que Rapp le había puesto, con toda la intención: «Afortunada», surcaba el espacio con la minúscula de remolque, una biplaza que parecía un enano al lado del colosal astro-cohete.

La Tierra y su satélite habían quedado muy atrás y no eran ya, sobre todo la primera, más que una especie de minúscula estrella perdida en el conjunto de los astros que tachonaban el cielo.

Marte iba creciendo de tamaño a ojos vista.

En el interior de la «Afortunada» la vida iba a su pequeño tren vulgar, ya que, fuera de la cabina, donde Mayo y Grube se relevaban, siendo algunas veces ayudados por Robert, el resto de la tripulación lo pasaba jugando interminables partidas de cartas, en las que solía entrar, medio muerta de aburrimiento, Marión.

Arthur y Lothar acompañaban a su jefe para ayudarle a la extracción del precioso mineral, una vez estuviesen en el asteroide. Rapp había adquirido equipos especiales para trabajar en las cercanías de las zonas radiactivas y esperaba utilizar a todo el personal para acelerar la extracción y regresar cuanto antes a la Tierra.

Aquel día, el décimo tercero de marcha, los dos amigos estaban en la cabina, repasando los aparatos de control y lanzando, de vez en cuando, miradas al planeta rojo, a cuya órbita se acercaban rápidamente.

Marte, en aquella época, estaba muy poco poblada y sólo algunos prospectores de uranio, clase de gente que surcaba el espacio en busca de fortuna, poblaban sus horrendos desiertos, llevando una vida

primitiva y pereciendo, muchos de ellos, sin lograr absolutamente nada.

—¿Sigues pensando que Sanders es Scully, Grube?

Harry se volvió a medias.

—Estoy completamente seguro; aunque, desdichadamente y por el momento, no puedo demostrarlo. Sanders ha debido de sufrir una intervención quirúrgica de tipo estético.

—Pues no se le nota en absoluto.

—Porque ha debido de ponerse en las manos de un verdadero maestro.

Hubo un silencio.

—¿Y qué piensas de Rapp, Harry?

—No puedo decirte nada aún, amigo... Rué es un hombre importante, al que no podemos acusar hasta que lo tengamos con las manos en la masa.

—¿Has pensado, Grube, que también nos tendrá él entonces?

—¿Qué quieres decir?

—Que estaremos solos, tú y yo, contra ellos.

—No hay que preocuparse demasiado. Después de todo, son cuatro y nosotros dos... La proporción podía haber sido mayor.

—En eso tienes razón.

—A no ser que quieras contar a la mujer como uno... Esa víbora.

Leonard palideció intensamente, pero su amigo, que seguía las fluctuaciones de un nivel, no se percató de ello.

—Voy un momento a mi camarote, Harry.

—Está bien; pero no tardes... Me aburro como una ostra en esta dichosa cabina.

—Bien.

Mayo salió, tomando el pasillo que conducía a las dependencias de popa. Su frente estaba plisada por innúmeras arrugas.

¿Qué diablos le pasaba que sentía aquel malestar cuando le hablaba de Marión Hiller en términos duros?

¿Es que se estaba enamorando verdaderamente de ella? ¿Hasta aquel punto?

Tuvo que confesarse, al llegar ante la puerta de la cabina de la muchacha, que estaba ciertamente enamorado de ella y que todo lo demás, las fórmulas que intentaba encontrar para justificarse, no tenían valor alguno, ni para él mismo.

Llamó a la puerta, temiendo que Marión estuviese en el salón con los demás; pero tuvo suerte y la muchacha le abrió, invitándole a pasar con una sonrisa en los labios.

—¡Hola, Leonard!

—Hola... ¿estás sola?

—Completamente. Como ves —señaló un libro que acababa de dejar sobre una mesita—, estaba leyendo; pero, de todos modos, aburriéndome por completo.

—Yo también me aburro enormemente, no vayas a creerte.

—Creí que tu trabajo te distraía. ¿Falta mucho para llegar, Leonard?

—Un poco..., quizás un par de semanas, calculando mucho.

—¡Aún! Nunca creí que esto fuese tan interminable.

—¿Te arrepientes de haber venido?

—No... por ti.

El la atrajo y la besó largamente.

Y entonces fue cuando Marión se dio cuenta de que había estado jugando con fuego, ya que, a pesar de que Leonard le fue siempre muy simpático, no creyó jamás que iba a quererle de verdad. En realidad, podía preguntarse, amargamente, ¿había querido a alguien en su vida?

Ahora le parecía completamente distinto, aunque aún estaban sus

mecanismos de defensa en acción y no se daba por vencida, como si intuyese todas las complicaciones que para ella surgirían de un amor verdadero, que derrumbase cuanto la defendía contra los hombres.

Profundamente conmovida, reaccionó, al menos aquella vez, defendiéndose contra aquella extraña felicidad que la invadía.

—Déjame ahora, querido.

—Sí, voy a dejarte... También tengo yo que hacer.

Y cuando estaba junto a la puerta se volvió e inquirió:

—¿Es verdad que Sanders va a volver en cuanto lleguemos al asteroide?

—¿Quién te ha dicho eso?

—El. Dice que regresará en la astronave que llevamos a remolque; es decir, dijo «regresaremos»... ¿A quién se refería, Marión?

Ella se dio cuenta de que aquel hombre sentía ya la cuchillada artera de los celos, lo que demostraba que estaba profundamente enamorado de ella. Y, por primera vez, experimentó una sensación de ternura que, hasta entonces, le había sido desconocida por completo.

—No lo sé —contestó.

El volvió sobre sus pasos y se acercó a ella.

—¡Yo sí! Se refiere a ti, Marión... ¿Por qué me engañas? ¿Por qué no me dices la verdad?

Ella le sintió hondamente lastimado.

—Te aseguro que no te miento, Leonard... ¿Qué clase de mujer crees que soy? Si hubiera de regresar con alguien, sería contigo.

Y no mentía, en aquellos momentos, ya que a pesar de sospechar que Rapp no consentiría que Robert se escapase de sus manos, quería salir de aquel ambiente que, por primera vez, la ahogaba.

—¡Sólo volveré contigo, cariño!

—No sabes cuánto me gustaría creerte; es decir, yo te creo, pero temo que ese imbécil pueda jugarnos una mala pasada... ¡aunque lo mataría antes!

Ella le acarició el rostro.

—Te digo y te repito que no temas, tontuelo. Si debo regresar con alguien, en esa nave, será contigo. ¿Me crees ahora?

—Sí.

La besó y salió definitivamente del camarote.

Una vez en el pasillo la idea llegó a él, súbitamente, sin disfraz alguno, como un imperativo categórico que se le impusiese irrevocablemente.

Retrocedió hacia las cámaras de proa, descendió a la bodega y una vez allí se quedó mirando el cable que unía a «La Afortunada» la minúscula astronave que arrastraba por el espacio.

Sabía perfectamente que el corte del cable no significaba nada, ya que la pequeña nave sería arrastrada por la masa del astrocohetete, aunque no fuese unida por ningún nexo material.

Febrilmente, como si se tratase de una maniobra que le hubieran ordenado, magnetizó el cable, enviando corrientes contrarias a la pequeña nave que, al electrizarse con el mismo signo que la mayor, empezó a intentar separarse.

Entonces soltó el cable.

Obediente a las leyes de repulsión de cargas del mismo signo, la pequeña nave retrocedió, en el espacio, logrando salir de la zona de gravitación que hasta entonces le había impuesto «La Afortunada».

—¡Ya no volverás con nadie... si yo no regreso! —rugió, entre dientes el joven.

Y sonrió ferozmente, seguro de haber echado los planes de Sanders por el suelo.

* * *

La llamada rompió la monotonía de la cabina de mandos.

S...O...S.

Grube empezó a maniobrar el selector del radiogoniómetro, de manera a obtener la dirección precisa en la que llegaba la llamada de socorro. Al mismo tiempo, sin poderlo remediar, se preguntaba qué podía haber ocurrido en aquellos alrededores.

S...O...S.

Cuando consiguió lo que se proponía, radió con toda intensidad el mensaje de recepción.

—Aquí nave del espacio M-765... Recibido S.O.S... ¿Qué ha ocurrido? Corto.

Tardaron un poco en dejarse oír las palabras que venían del otro lado del vacío:

«Aquí torpedo de salvamento de nuestra astronave M-585, que sufrió una grave avería y debió ser abandonada... Corto.»

—Comprendido... ¿Tiene emisor magnético?

«Sí.»

—Póngalo en marcha, por favor... Orientaré la nave hacia donde se encuentren... Corto.

Otro largo silencio; después:

«Ya está en marcha, señor...»

—Perfectamente. Ya estoy orientando la nave... Espere que he de determinar la distancia... Ahora ya está... Seis mil kilómetros... Llegaremos en seguida.

«Gracias. Esperamos. Corto.»

Harry, después de orientar la nave por medio de su dispositivo automático, abandonó la cabina, tropezándose al salir con Leonard, que llegaba en aquel momento.

—¿Qué diablos hacías?

—Daba un paseo... ¿Ocurre algo?

—Sí. Un S.O.S.

—¿De quién?

—No lo sé aún. Tengo orientada la nave, que sigue las emisoras magnéticas de un torpedo de salvamento... Vigila tú. Yo voy a prevenir a Rapp.

—Bien.

Harry atravesó los pasillos y penetró en el salón, lleno de humo, donde los cuatro hombres continuaban jugando sus interminables partidas de naipes.

Se dirigió directamente hacia Rué:

—¡Señor Rapp!

—¿Qué hay?

—Hemos recibido en estos instantes una llamada de socorro.

Todos miraron al joven.

—¿Quién la enviaba? —inquirió Rapp, dejando sus cartas sobre la mesa.

—No lo sé. Alguien que se ha visto obligado a abandonar su nave. Según parece, van en un torpedo de salvamento.

Rué se frotó el mentón.

—No sé qué hacer.

—¿Cómo? —inquirió Harry, frunciendo el entrecejo—. ¿Qué quiere usted decir?

—Que no sé qué hacer. Creo que he hablado claro... No me gustaría aumentar nuestra tripulación, ¿comprende?

Grube no pudo retener su cólera.

—¿Se ha vuelto loco? ¡Ya he orientado la nave hacia esos naufragos...! Pero ¿qué clase de hombre es usted? ¿Es que no sabe que es un deber que no puede eludirse en modo alguno?

Rué se dio cuenta de que no debía despertar las sospechas de aquel impetuoso joven. Después de todo, unos refuerzos en los equipos de trabajo no vendrían mal. Ya tendría tiempo de eliminar gente cuando llegase el momento.

Y sonrió, mirando más normalmente al piloto.

—Sí, desde luego. ¿Está muy lejos esa gente?

—Llegaremos en seguida a su lado.

—Condúcelos aquí en cuanto los hayáis salvado... ¿Entendido?

—Sí.

Harry abandonó el salón, envarado, con los músculos en tensión, plenamente convencido de que Rapp hubiese abandonado a aquellos desgraciados.

Ya no le cabía duda alguna de la clase de hombre que era.

Al principio, sospechando solamente del desaparecido Scully, creía que Rapp no era más que un ambicioso que se había dejado llevar, como cualquier otro lo hubiese hecho en su lugar, por la fabulosa fortuna que el desertor había descubierto.

Pero ahora Rué se le aparecía desde otro punto de vista, más concreto, revelándose como un hombre sin escrúpulos, cuyo pasado debía ser revisado cuidadosamente.

Una vez en la cabina, junto a su amigo, preguntó:

—¿Estamos lejos?

—No. Ya estamos llegando. Voy a crear una órbita, algo lejos, para evitar que el torpedo de salvamento, se precipite contra nosotros.

Pasaron unos minutos de silencio, hasta que Mayo, volviéndose hacia el otro, exclamó:

—¡Ya los tengo en la pantalla!

Harry se acercó, mirando el punto brillante en medio de la superficie negra de la enorme pantalla de radar.

—¿Distancia?

—Cien kilómetros.

Grube se acercó a la radio.

—¿Me oyen?—inquirió.

Le contestaron en seguida.

—Sí. ¿Están muy lejos?

—A un centenar de kilómetros... Vamos a disminuir nuestra red magnética, acercándolos lentamente a nosotros... ¿Entendido?

—Sí.

—Les haremos penetrar por el compartimiento estanco de babor. Yo estaré al otro lado.

—Muchas gracias.

Grube cortó, siguiendo la aproximación del torpedo en las pantallas de radar. Finalmente, cuando consideró que ya estaba bastante cerca:

—Voy al compartimiento estanco. Abriré la compuerta.

—Bien.

—En cuanto te avise, vuelves a poner el rumbo de antes... ¿Lo recuerdas?

—Sí: 960.

—Bien.

Harry descendió a las bodegas, abriendo desde lejos la compuerta por la que, momentos más tarde, penetraba el torpedo de salvamento. Maniobrando rápidamente los mandos, Harry hizo que el ambiente del compartimiento estanco se volviese completamente normal. Luego penetró en él.

El torpedo estaba allí, herméticamente cerrado. Cogiendo un martillo, Grube golpeó la coraza, invitando a los tripulantes a que saliesen.

Una compuerta minúscula empezó a girar, desde dentro, hasta que se abrió por completo.

Harry vio emerger, en primer término, el rostro de un anciano, de nobles facciones que, después de saltar al exterior, estrechó fuertemente la mano del joven:

—¡Muchas gracias, capitán!

Harry sonrió:

—No soy el capitán.

—Pero reconozco su voz. Usted es el que ha realizado el salvamento, ¿verdad?

—Así es.

El viejo se volvió hacia el torpedo.

—Ya puedes salir —y dirigiéndose al joven — : Me llamo Lawrence Ryde y ésta —señaló hacia la compuerta— es mi hija Peggy.

Harry miró a la joven con los ojos muy abiertos, maravillado de la hermosura de aquella criatura.

CAPÍTULO VI

La joven había sido conducida por Marión a su propia cabina para que descansase. Su padre, sentado en uno de los sillones del salón, terminaba de tomar una taza de caldo, bajo las miradas de todos los presentes.

—No sabe usted, capitán Rapp— dijo cuando terminó de beber—, lo que le agradezco su amabilidad... Llevábamos cerca de dos semanas a la deriva.

Rué sonrió.

—No tiene importancia. No hice más que cumplir con mi deber... ¿Cómo pudo ocurrirles?

—Es toda una historia, señor. Una triste historia.

—¿De dónde proceden?

—De Marte. Salimos de la Tierra, hace ya cuatro años, mis dos hijos, mi hija y yo. Las cosas no nos habían ido muy bien en Europa y reuniendo lo poco que teníamos, compramos unas de esas viejas astronaves que el Gobierno pone a disposición, ciertamente baratas, de los que desean ser prospectores de minerales radiactivos. También nos proporcionaron un equipo para cada uno y salimos de la Tierra

llenos de esperanza, como todos los buscadores de estos últimos tiempos.

—¿Encontraron algo?

—Sí. Tuvimos lo que entonces creímos como una suerte excelente. Después de una búsqueda improductiva de cerca de dos años, descubrimos un gran yacimiento de uranio, que parecía ser el premio a nuestros esfuerzos.

»Imagínese, capitán, la alegría de nuestro hallazgo. Empezamos a trabajar intensamente, viendo muy pronto que el yacimiento era mucho más importante de lo que habíamos creído... Estábamos locos de contento.

»Pero la desgracia empezó cuando Sandy, mi hijo menor, empezó a perder el apetito, bruscamente, a pesar de los equipos de defensa que utilizábamos.

—¿Radiactividad?

—Sí; pero, como pudimos descubrir más tarde, de una clase especial. Habíamos tenido la desdicha de tropezar con un uranio que se desintegraba velozmente, radiando una cantidad fantástica de rayos gamma...

—¿Qué ocurrió entonces?

El viejo bajó la cabeza.

—Sandy murió en muy pocos días. Ellos, los dos, eran muy buenos para mí y no me dejaban trabajar. Tampoco querían que su hermana estuviese con ellos y los dos, Peggy y yo, pasábamos el tiempo en la astronave.

»Entre la muerte de Sandy y la de Gary, mi hijo mayor, no hubo más que una hora escasa. Entonces, dándome cuenta de mi fracaso y temiendo por la vida de mi hija, decidí abandonar aquel planeta maldito, regresando a la Tierra...

»Pero la astronave era demasiado vieja para resistir trotes y trotes. Además, sin mis hijos, que conocían bien la astronáutica, yo debí someter al astrocohetes a esfuerzos que no le convenían... Y un día se abrió en dos, como la cáscara de una nuez dándonos justo el tiempo para salvarnos, al entrar en el único torpedo de salvamento que funcionaba. Eso es todo, capitán.

—Fue una lástima, ya que podían haberse hecho ricos.

—Quizá fue un castigo a mi ambición. Antes he dicho que nos iba mal en la Tierra; pero quizá no sea totalmente cierto. Íbamos defendiéndonos y, en realidad, no nos podíamos quejar. Pero la ambición es una pasión que cuando se apodera del hombre lo destruye, lo empuja y termina por aniquilarlo...

Rapp sonrió:

—El todo consiste en organizarse. Nosotros también somos prospectores.

—¿Sí?

—Aunque ya vamos sobre seguro... Este amigo mío ha descubierto un importante filón de «cosmogium».

Los ojos del anciano se abrieron como platos.

—¿De... «cosmogium»? ¿Es posible?

Robert sonrió.

—Sí.

—¡Qué maravillosa suerte! Ya sabrán que la radiactividad natural de ese mineral es muy lenta y casi sin peligro... ¡Qué suerte! —repitió—. Y nosotros que hemos recorrido la mitad de Marte...

—Es que el yacimiento no está en Marte —aclaró Robert.

—¿Ah, no?

—No —cortó Rapp, mirando severamente a Scully—. Nuestro yacimiento está en la zona de los asteroides.

Ryde palideció un tanto.

—Un sitio ciertamente peligroso... —musitó.

—Llevamos unos pilotos de primera clase —dijo Rapp.

—Mejor. He oído hablar muchísimo de esa zona y todo el mundo comenta los peligros que ofrece la navegación por ella.

Intervino Robert, lleno de orgullo:

—Yo, he estado allí, he entrado... y he salido. Todo depende de la manera de penetrar en ella. Conociendo los tiempos de rotación de los asteroides grandes, se puede penetrar y salir sin ninguna dificultad.

—Es posible dijo el anciano—, pero ha habido muchos que perdieron la vida al intentarlo.

—Porque lo hicieron mal —replicó Scully—. Los astronautas se lanzaron a la zona de los asteroides, obrando como si estuviesen en espacio libre. Confiaban en la velocidad de sus navíos y en la rapidez del reflejo de sus mecanismos automáticos... Ese fue su error.

—¿Usted cree?

—Estoy plenamente convencido. Ya verá cuando penetremos nosotros. Es sencillísimo, siempre que, como le he dicho antes, se conozcan perfectamente los movimientos de los planetoides.

* * *

Grube rectificó el rumbo, dejando a la derecha a Marte, cuya superficie rojiza era perfectamente visible.

Volvióse a Mayo.

—Te noto algo raro, Leonard... ¿te ocurre algo?

—Nada; te lo aseguro.

—No sé. Hace unos días que estás verdaderamente extraño. Creo que tendrás suficiente confianza conmigo para poder hablarme claramente.

—¡Claro que sí! Pero vuelvo a repetir que no me pasa nada.

—Mejor... ¿Sabes que anoche envié un mensaje a Simmons?

—¿Sí?

—Sí. Y no solamente les comuniqué mis impresiones, sino que ellos me comunicaron las suyas..

—¿Hablaste con Simmons?

—Eso es.

Los ojos de Mayo se animaron.

—¿Y qué te dijo?

—Muchas cosas... Ya no hay duda de que Sanders es Scully.

—¿Cómo lo saben?

—Muy sencillamente. Visitaron el apartamento de Marión y encontraron, además de las huellas de ésta, las de Robert. Por otra parte, detuvieron al cirujano que le cambió el rostro, con lo que terminó de aclararse todo.

—¡Así que es él!

—Sí. Además, ayer salieron ocho naves del U.B.I., con órdenes de seguirnos y poder intervenir cuando lo solicitemos.

—¿Como van a encontrarnos? La zona de los asteroides es un verdadero laberinto.

—No te preocupes. He bajado a las pilas atómicas, vertiendo cadmio estable, que quedará en el espacio, como un trazo indeleble, que ellos no tendrán más que seguir.

—Comprendo.

—Lo que hace falta es que ese canalla nos señale pronto el yacimiento. En cuanto empecemos a trabajar, los nuestros intervendrán.

—¿Irán todos a la cárcel?

—Todos. ¿A qué viene esa pregunta?

—Por nada... Simple curiosidad.

La llegada de Robert interrumpió la conversación.

—¡Hola, amiguitos!

—¡Hola!

—Ya hemos dejado atrás a Marte, ¿verdad?

—Sí.

—¿A qué distancia estamos de los asteroides?

—A unos doscientos mil kilómetros... Un día y medio de viaje.

—Perfectamente. He estado estudiando la carta cosmológica y he calculado nuestra deriva de llegada.

—¿Ah, sí?

—Sí. Tendremos que obrar con cautela. Aunque yo les precederé con la pequeña astronave.

Leonard se mordió los labios.

—¿Y bien? —inquirió Harry.

—Aterrizaremos primero sobre él asteroide «Europa» y esperaremos allí la coincidencia con Hela...

—¿El 699?

—Sí. Ya veo que conocen bien la nomenclatura.

—¿Y una vez en Hela? Porque supongo que saltaremos a él, ¿verdad?

—Eso es. Una vez en Hela, esperaremos la penúltima coincidencia, pasando al 221...

—Eos.

—Sí. Será la penúltima parada, ya que después esperaremos la llegada de... —sonrió—. Pero eso es todavía una sorpresa, ¿no es verdad, amiguitos?

—Si usted lo dice...

* * *

Magistralmente dirigida por Grube, la astronave se acercaba velozmente a la zona de los asteroides. Y cuando estuvo lo bastante cerca para comunicárselo a Robert, abandonó la cabina de mando, dejando a Mayo allí y dirigiéndose hacia el camarote donde estaba alojado el falso Sanders.

Avanzaba por el pasillo cuando una voz le detuvo:

—Buenos días, señor.

Al volverse, se encontró ante la joven Peggy Ryde, que le sonreía afablemente.

—Buenos días, señorita Ryde.

—No he tenido ocasión de darle las gracias, señor Grube. Mi padre está muy agradecido a usted... y yo también.

—Yo no hice más que seguir órdenes...

Ella sonrió.

—¿Está usted seguro?

—¿Por qué no habría de estarlo?

—Verá usted... Yo no estoy acostumbrada a mentir... y papá me contó que el señor Rapp decía, sin darse cuenta, que no había conocido nuestra presencia hasta que usted tenía ya dirigida la astronave hacia nuestro torpedo de salvamento.

—¡Exageraciones!

—No lo creo, señor Grube.

—¿Por qué no me llama Harry, señorita Ryde? Ese es mi nombre.

—Y el mío Peggy.

—De acuerdo, Peggy.

—Perfectamente, Harry.

Rieron, jovialmente.

—Ya estamos llegando, Peggy.

—Me alegro. Sobre todo por mí padre... ¡Pobrecillo! Quiero hablar con míster Rapp para que le permita trabajar en el yacimiento... ¡Hasta sueña con el dichoso «cosmogium»!

—No le extrañe. La Humanidad entera sueña con él.

—Lo que me extraña es que, si el filón es tan importante como el

capitán dice, no haya el Gobierno enviado más que esta astronave.

El sonrió.

—¿Me guardaría usted un secreto, Peggy?

—¡Naturalmente!

—Esta nave no pertenece al Gobierno.

—¡Ah! Se trata entonces de una empresa particular, ¿no es así?

—Sí.

—Pero yo he oído siempre que el «cosmogium» era una sustancia considerada casi como sagrada.

—Eso es.

—¿Entonces...?

—¡Se encuentra usted en una nave pirata, Peggy!

Ella le miró, con una luz divertida en los ojos.

—¡Qué bromista es usted!

—Le aseguro que le estoy diciendo la Verdad.

—¿No... me engaña?

—No. Pero no puedo, por ahora, decirle una sola palabra más. Y no olvide que me ha prometido guardarme el secreto.

—Cumpliré mi promesa.

—De acuerdo. Permítame ahora, Peggy, ir a cumplir con mis obligaciones. ¿Podré verla luego?

—Cuando lo desee, Harry... Mi camarote es el número II.

—Muchas gracias.

—Hasta luego.

Momentos más tarde y aún turbado por la presencia de la muchacha, llegaba al camarote de Robert, a cuya puerta llamó.

Scully no tardó en salir.

—¿Algo nuevo?

—Estamos llegando, señor Sanders.

—Bien. Vayamos abajo. Me ayudará a pasar a mi astronave, ¿verdad?

—Sí.

Descendieron a la bodega y Robert empezó a ponerse el traje espacial para salir del compartimento estanco.

—¿Quiere iluminar la nave, por favor?

—Sí.

Grube abrió el ojo de buey, proyectando después el cono luminoso que hendió, solamente, la negrura del espacio, que iba quedando atrás. Extrañado, el joven miró detenidamente; después, volviéndose hacia Robert, que se ajustaba las altas botas, confesó escuetamente:

—La nave no está, señor.

—¿Eh?

Parecía que los ojos se le iban a salir de las órbitas. Al mismo tiempo, su piel tomó un color verdoso, que fue girando hacia el ceniciento.

—¿Cómo?

Se precipitó hacia el ojo de buey, comprobando que Grube le había dicho la verdad.

—¡Maldito puerco!

—¿Quién, señor?

—¡Rapp! ¡Ahora lo entiendo todo! Quiere que me quede con él, quizá para eliminarme en el momento en que sepa donde se halla el yacimiento... ¡pero no lo sabrá! ¡No lo sabrá!

—¿Cree usted, verdaderamente, que haya sido él quien ha soltado la astronave!

—¿Y quién iba a ser sino él, Grube? Los demás no saben nada y sólo les interesa ganar una fortuna... ¡Pero Rapp es diferente! Desea

convertirse en el tirano de la Tierra, abandonando a sus amigos, los asiáticos.

—Comprendo.

—A mí me importa un bledo que esté con los asiáticos o con los americanos... Lo que me interesa es volver, con Marión, y gozar de los mil millones que me entregó antes de salir.

—¿Mil... millones?

—Sí. Mire esta transferencia... está a mi nombre... Y lea aquí esa cifra. ¿Qué dice?

Mil millones, en efecto... pero... ¿Pero qué?

Esa transferencia no es válida.

¿Eh? ¿Qué sabes tú, majadero?

Yo no sé nada... Sólo que esta transferencia es falsa.

CAPÍTULO VII

Rue dejó que Robert se explayase, gritase, amenazase, dijese todo lo que tenía que decir; después, cuando hubo terminado, le lanzó una mirada asesina.

—¡Eres un imbécil! ¡El más imbécil de todos los hombres que he conocido!

Robert no dijo nada, limitándose a morderse los labios.

—¿No te das cuenta, pedazo de estúpido, que yo no habría hecho jamás una idiotez como ésta, ya que necesito tenerte contento? ¿Cómo quieres que yo destruya tu astronave, si me basta que me señales el yacimiento y que te largues, ya que mil millones es una cantidad ridícula comparada con la que yo voy a obtener?

—¡La transferencia es falsa!

Rué dio un salto.

—¿Quién ha dicho esa memez?

—Grube.

—¡¡Otro imbécil! ¿Sabe ese idiota, al menos, cuántos ceros llevan mil millones? ¿Y tú haces caso de un desdichado como ése? ¡Eres una calamidad! Pero dejemos lo de la transferencia... Aunque, si desconfías de ella, te entregaré los mil millones en metálico, en cuanto regresemos a la Tierra. Lo que me interesa es lo de la astronave.

—Entonces... ¿no ha sido usted?

—¡Calla, estúpido! Aquí hay alguien que está jugando con dos barajas y eso no me gusta.

—¿De quién sospecha usted?

—De todos, pero especialmente de los dos pilotos.

—¿De Grube y Mayo?

—Sí. Lothar está casi completamente convencido de que el rostro de Mayo corresponde a un hombre del U.B.I.

—¡Santo cielo!

Había palidecido tanto que Rapp, sin poderse contener, lanzó una carcajada.

—¡Y encima cobarde! ¡Me das asco, Scully!

—Yo...—balbució el otro.

—Te has puesto blanco como el papel, al oír decir que esos dos tipos eran del U.B.I... ¿Y qué? ¿Te imaginas que voy a dejarlos escapar así como así?

—Son muy peligrosos, señor Rapp.

—¡Yo lo soy más! Deja que sepa quién ha sido el cerdo que ha soltado la astronave y ya verás cómo obra Rué W. Rapp... ¡Aunque fuese el mismo Simmons, el director del U.B.I. obraría yo del mismo modo...! ¡Verás que escarmiento!

El visófono sonó, interrumpiéndoles.

Rapp se acercó al aparato y encendió la pantalla en la que se reflejó el rostro de Grube.

—¿No está ahí el señor Sanders?

—Sí —y volviéndose—: Es para ti.

Robert se acercó a la pantalla.

—¿Qué hay?

—Nos acercamos a «Europa», señor.

—Bien. Ya voy.

Hizo un gesto amistoso a Rué y salió del salón, yendo hacia la cabina de mando. Al entrar y a pesar de la fuerza de voluntad que puso a contribución, no pudo evitar un estremecimiento al pensar que aquellos dos hombres pertenecían al U.B.I.

—¿Estamos cerca de «Europa»? —inquirió sobreponiéndose.

—Sí. ¿Aterrizamos?

—Bien.

Siguió las maniobras de Grube con una curiosidad creciente, mirando más al hombre que a los aparatos que manejaba tan hábilmente. Por último, la astronave se posó blandamente sobre el asteroide.

—Ya está —dijo Harry—. ¿Qué tiempo vamos a esperar aquí?

—Unos tres días. Voy a ordenar que bajen un poco todos... Así podrán estirar las piernas.

Y salió.

* * *

Abandonaron todos la astronave, excepto Lothar que, por orden de Rapp, quedó de guardia.

Con sus trajes espaciales, los expedicionarios recorrieron los

alrededores, observando curiosamente el pequeño planetοide, casi todo cubierto por una especie de lava retorcida y seca después de milenios.

—Es desolador —dijo Marión.

El viejo Ryde, que iba cerca de ella, asintió con la cabeza:

—Hay muchas teorías, señorita Hiller, que intentan explicar la existencia de este formidable anillo de asteroides que rodean nuestros planetas interiores, incluyendo a Marte entre ellos.

—¿No se trata de un planeta que explotó hace muchísimo tiempo?

—Esa es una de las hipótesis; pero hay otras... Después de todo, ¿qué importa ahora eso? La soledad y la desolación no disminuirán con un par de explicaciones.

Ella se adelantó, acercándose a Robert.

—¿No encuentras esto muy triste, Robert?

—Sí... y no. Francamente, la primera vez que aterricé aquí, sentí esa penosa impresión. Ahora no. Porque me parece volver a ver cosas y sitios conocidos... aunque, en realidad, paramos una veintena de segundos aquí, sin que nadie saliese de la astronave, sólo para saltar sobre Hela.

—¿Otro mundo como éste?

—No podría decírtelo. Estuvimos muy poco tiempo allí. Lo que ocurrió es que tuvimos mucha suerte y llegamos en un momento en que todos los asteroides que nos interesaban coincidían.

—¿Conocíais ya el... bueno?

—Tampoco. Fue un azar, ya que nosotros íbamos directamente a la zona de Ceres, que nos parecía la más interesante.

—¿Está lejos... tu asteroide, Robert?

Scully sonrió.

—No... En realidad, querida, está moviéndose rápidamente, acercándose a nosotros.

—¿Y por qué no vamos a buscarlo?

—Porque sería peligrosísimo. ¿Te imaginas movernos entre todo eso que, desde aquí, cuando sea de noche, parecerán estrellas fugaces? Cientos y cientos de planetoides que, como una masa colosal de proyectiles, atraviesa el espacio. Meterse entre ellos sería un verdadero suicidio.

—Comprendo. Así lo que haremos es ir saltando de uno a otro.

—Eso es... Hacemos lo que los hombres realizan en esa clase de atracciones verbeneras en las que existen plataformas concéntricas, que ruedan a distinto ritmo y hasta diferente dirección. ¿Las conoces?

—Sí.

—Pues eso es lo que intentamos hacer. Hemos subido sobre «Europa», esperando que Hela se acerque, saltaremos después sobre Hela, que nos llevará más hacia el interior de la zona de los asteroides. Hasta que lleguemos al nuestro.

Ella frunció el entrecejo.

—Me dijo Rapp que habían soltado la astronave. ¿Cómo vamos a volver, Robert?

A él le sentó mal el cambio de conversación; pero, haciendo un esfuerzo, para aparentar tranquilidad, repuso:

—Regresaremos con todos, quizá sea mejor.

—¿Quién habrá podido ser? ¡Rapp estaba colérico!

—Ya le atraparemos, no te preocupes... Pagaré lo que ha hecho.

—¿Sospechas de alguien?

—Sí.

—¿De quién?

—De esos dos pilotos que, según Rué, son dos miembros del U.B.I. Es igual, ninguno de esos dos volverá a la Tierra.

Marión se estremeció.

—¿Y si no hubiesen sido ellos?

—¿Quién entonces? No irás a intentar convencerme de que ha sido el

viejo o su hija. Tampoco puedo creer que haya sido Arthur, ni Lothar. Esos no se mueven sin que se lo ordene Rapp* En cuanto a este último, me convenció perfectamente, ya que yo podía haberme negado a enseñarle el camino. No olvides que nadie sabe dónde se halla el «cosmogium».

Seguían paseando y Marión miró hacia el suelo, pensando en el momento en que toda la importancia de Robert se disolviese, ya que de nada serviría cuando todos supiesen dónde se hallaba el yacimiento.

Entonces.

Pero lo que no estaba dispuesta a consentir era que Rapp hiciese daño alguno a Leonard. ¡Ya sabría ella arreglárselas para impedirlo!

Sonrió.

¿Cómo era posible que se hubiese enamorado de aquella fantástica manera?

Y fue a levantar los ojos para mirar a Robert cuando vio que éste se había detenido, rígido, con los ojos desmesuradamente abiertos.

—¿Qué pasa, Robert? —se alarmó ella.

Y miró hacia donde parecía mirar el joven.

No tuvo tiempo de reaccionar.

Se quedó inmóvil como una estatua, completamente vacía, sin que ninguna idea atravesase su espíritu.

Leonard, que iba junto a su amigo, detrás de Rapp y sus hombres, fue el primero en darse cuenta de la postura anormal de los jóvenes.

—Fíjate en Marión y Sanders, Grube.

Harry miró hacia ellos.

Pero él tuvo más suerte porque vio «lo otro», justo un momento para darse cuenta del peligro que se precipitaba sobre ellos.

Aumentó el tono de su emisor, gritando como un loco:

—¡Bajen los ojos! ¡Miren al suelo! ¡No levanten la mirada y retrocedan hacia la astronave!

Se volvieron afortunadamente hacia él. Y Rapp, desconfiando, echó mano a su pistola.

—¿Qué intentas hacer, Grube?

—¡No se vuelva! Marión y Sanders están convertidos en estatuas... Retrocedan todos... Voy a ver si puedo hacer algo por ellos.

Se adelantó rápidamente, con los ojos casi cerrados y mirando obstinadamente al suelo.

De todos los presentes sólo Rapp desconfió de él, creyendo que se trataba de una trampa.

Y se volvió, mirando hacia los jóvenes.

Entonces, al tiempo que se le erizaban los cabellos, vio aquel «ojo enorme» sobre una roca. En realidad no parecía un ojo humano, sino un órgano monstruoso y terrible, cuyo poder le penetraba hasta lo más hondo del alma.

Y se quedó inmóvil, como los otros dos.

Mayo había seguido a su compañero y ambos llegaron al mismo tiempo donde se encontraba la pareja. Harry se apoderó de Robert, y Leonard cogió amorosamente a Marión, retrocediendo hacia la astronave.

Fue entonces cuando Grube vio a Rapp.

—¡Eh, tú, Lothar! —llamó.

El otro se volvió, mirando fijamente al suelo.

—Coge el cuerpo de Rué... El muy imbécil no ha querido escucharme... ¡Todo el mundo a la astronave!

Y cuando todos estuvieron en el interior del espaciocohete:

—Tiéndalos en las camas... ¿Recuerdas algo parecido, Leonard?

—Sí.

Les miraron con sorpresa y respeto.

—¿Conocían ustedes esto? —inquirió el viejo Ryde.

—Lo conocimos en un planeta, hace ya mucho tiempo.

—¿De qué se trata?

—Son rocas hipnóticas, cuyo poder es peligrosísimo, como han podido ver, ya que la hipnosis se produce instantáneamente. Se ve un ojo, que en realidad no existe... es así como se manifiesta su poder.

—¿Y qué ocurrirá ahora con los hipnotizados?

—Hay que dejarlos descansar; dentro de unas horas el efecto habrá pasado.

Así ocurrió.

A las dos horas, cuando Grube hacía que «La Afortunada» saltase de Europa a Hela, los tres pacientes despertaban, con horribles dolores de cabeza, pero completamente restablecidos a su normalidad.

Rapp volvió en sí, dándose cuenta de la locura que había cometido y mandó llamar inmediatamente a Harry.

Cuando lo tuvo ante su lecho, completamente solo, dijo:

—Quiero darte las gracias, amigo.

—¿Porqué?

—No te escuché y pude pagarlo caro.

—No tiene importancia.

—Para mí sí... Vuelvo a darte las gracias.

* * *

La astronave se movió entre los asteroides, acercándose a Hela, segunda fase de aquel viaje que nadie, excepto Robert, sabía dónde había de terminar.

Quizá fue el nerviosismo de todos o la falta de Grube en la cabina de mandos. Mayo estaba junto a Marión; lo cierto fue que cuando Harry regresaba de ver a Rapp observó al entrar en la cabina que «La

Afortunada» se precipitaba velozmente sobre el asteroide, contra el que se hubiese estrellado irremisiblemente de no haber llegado allí con tanta justeza.

Maldiciendo, Grube se precipitó a los mandos; nadie había pensado ajustar el piloto automático, logrando enderezar la nave en el justo instante en que ésta iba a tocar el suelo rocoso del asteroide; pero, sin embargo, a pesar de toda la pericia de Harry, las toberas chocaron con las aristas de piedra, desgarrándose profundamente.

El golpe, aunque pequeño, hizo que la nave fuese frenada bruscamente. Después de unos momentos de angustia y balanceo, Grube logró inmovilizarla, haciéndola aterrizar.

—¿Qué ha ocurrido?

Volvióse, hallándose ante Peggy Ryde, que estaba ante la puerta. Al no contestar él, todavía bajo el influjo de los momentos de tensión que acababa de pasar, ella dijo:

—Pasaba por aquí cuando la nave se balanceó terriblemente...

Grube logró sonreír.

—Ya ha pasado el peligro, pero temo que hayamos destrozado las toberas. Después de todo, es lo menos que podía pasarnos... ¡Aunque ese Mayo de los demonios no se escapará de una bronca formidable!

—¿Ha hecho algo malo?

—Abandonar la cabina justo en el momento en que Rapp me llamaba a su camarote. ¿Dónde demonios estará?

Permanecieron unos instantes en silencio; luego ella, como si hablase consigo misma:

—¿Cuándo se terminará este viaje? Al salir de Marte soñábamos con estar de vuelta en la Tierra... ¡Nunca lo deseé tanto!

—Ha sido una fatalidad que nos encontrasen en su camino. Cualquier otro navío del espacio les hubiese dejado ya en la Tierra.

Ella le miró fijamente.

—No me quejo de haberles encontrado, Harry. Lo que deseo es que todo esto termine pronto y podamos regresar.

Fue en aquel momento cuando Leonard entró en la cabina, sonriendo.

—¿Has tenido alguna dificultad, Harry? —inquirió.

Grube le lanzó una mirada de franco reproche.

—¡Eres un inconsciente!

—¿Por qué?—¿Y aún lo preguntas? Tuviste la ocurrencia de abandonar la cabina cuando yo había salido a ver a Rapp... Si llego un poco más tarde nos hubiésemos hecho trizas contra el asteroide. ¿Cómo no se te ocurrió, al salir, conectar por lo menos el piloto automático?

—Creí que ibas a volver inmediatamente.

Grube movió la cabeza, con desaprobación, de un lado para otro.

—¿Se puede saber dónde estabas?

—Leonard dudó unos instantes; después, con un gesto vago, se excusó:

—Fui a dar una vuelta...

—No es una justificación, ni mucho menos.

—Está bien. ¿Quieres que te pida perdón de rodillas? Molesta por el camino que tomaba la conversación, Peggy intervino:

—Perdonen... debo irme.

—Hasta luego, Peggy. -¡Adiós!

Y cuando estuvieron solos, Mayo, con una sonrisa cínica, dijo:

—La tratas con mucha confianza, ¿no te parece?

—Eso no te importa. ¿Sabes que se deben haber desgarrado las toberas?

—¿Y qué?

—¿Cómo que y qué? Hay que arreglarlas.

—Bien. Te ayudaré.

—¡Claro que me ayudarás! ¡Sólo faltaba que después de haber sido tú el culpable, me dejaras solo!

Mayo miró a su compañero de una forma que a éste no le agradó lo más mínimo. Pero, Grube no dijo nada; se limitó a apretar los labios e iniciar la salida de la cabina de mandos.

CAPÍTULO VIII

Durante cerca de dos horas trabajaron en la atmósfera enrarecida de aquel planetoide, protegidos por sus trajes espaciales, uniendo los bordes desgarrados de las grandes toberas, que se habían enganchado en las rocas.

No cambiaron más que las palabras necesarias para entenderse en el trabajo. Después, cuando no quedó más que una por arreglar, Harry dijo:

—Descansemos un rato. Luego terminaremos.

Leonard se alejó silencioso, caminando sobre la arena verdosa del asteroide, hasta que se sentó en el borde de una roca, frente a un montón informe de peñas, que elevaban sus agudos picos a más de un centenar de metros de altura.

Alejándose también, Harry se sentó un poco más a la izquierda, a más de cien yardas de su amigo.

Se daba perfectamente cuenta de que Mayo había cambiado y de que se había separado definitivamente de él. Aquella cuestión, en la Tierra, no hubiese tenido mayor importancia, ya que Grube hubiese dado parte a sus jefes y Leonard habría sido enviado a cualquier otro lugar.

Pero aquí, ante lo que esperaban, la unión era tremendamente necesaria y el estar distanciados, cuando debían trabajar al unísono, podía ser perjudicial para ambos.

Grube tenía la esperanza relativa de que el enfado de su compañero y subordinado fuese pasajero; pero, por otro lado, temía que la cosa tuviese otro origen más profundo y definitivo.

Pero... ¿cuál, santo Dios?

Fue entonces, en aquel preciso instante, cuando empezó a oír una voz interior que no era la suya.

Asombrado Harry, no dando crédito a lo que estaba oyendo internamente, como si alguien se hubiese introducido en su cerebro y hablase... ¡con la voz inconfundible de Leonard Mayo!

«Marión tiene toda la razón... ¡Nosotros dos seremos los dueños absolutos de toda la fortuna que podemos conseguir con el «cosmogium»!...

»¿Para qué repartir con los otros? Además... el único obstáculo serio es ese imbécil presumido de Grube; pero de ése me ocuparé yo... ¡Con qué ganas lo quitaré de en medio!

»Durante muchos años he tenido que sonreírle, aguantarle, soportar sus estúpidas impertinencias, hacerle creer que le apreciaba... ¡Ahora pondré las cartas sobre la mesa!

»Será estupendo... Cuando Rapp haya matado a Robert Scully yo eliminaré a todos los demás... Marión me ha dicho que se encargaría de esa niña mimada... Yo no podría matarla así como así...

»Luego, cuando todos hayan caído y el idiota de Harry crea que se trata de una cosa hecha por Rapp, mataré a ese que, para mi desgracia, ha sido mi jefe hasta ahora...

»Rapp estará contento...

«Entonces le tocará el turno a él... Y Marión y yo, con la astronave rebosando «cosmogium», regresaremos a la Tierra donde nuestro poder y nuestra riqueza no tendrán límites...»

Harry se estremeció.

Recordaba ahora haber oído hablar de aquel fenómeno, que algunos astronautas habían descrito y que se trataba simplemente de un «eco telepático».

En efecto, las ideas de aquel loco de Mayo, en forma de ondas cerebrales, eran reflejadas por las rocas que tenía enfrente, yendo a parar, amplificadas, al cerebro de Harry, que por pura casualidad se había sentado en el sitio donde la percepción era perfecta.

Grube estaba horrorizado.

¿Así que se trataba de aquello?

Marión, la mujer que podía compararse a una maldita víbora, había hecho enloquecer a Leonard, que no había opuesto resistencia alguna por su parte, convirtiéndose en un ambicioso traidor que era, a partir de aquel momento, mucho más peligroso que el propio Rapp.

Ahora Harry se encontraba solo, completamente solo, para resolver todos los problemas que se presentasen y llevar a cabo la misión que Simmons le había encomendado.

Y lo haría.

Lo haría por encima de todo, mientras le quedase un poco de aliento. En cuanto a Peggy...

Un estremecimiento de horror recorrió su espalda.

¿Cómo iba a consentir que la joven sufriese el menor daño?

Se daba cuenta ahora de todo lo que ella significaba para él. Y no le importaba haber descubierto que estaba enamorado de la muchacha; todo lo contrario; estaba orgulloso de ello y contento, gozoso, hasta donde jamás hubiese podido imaginar.

Llamó a Leonard, hablando por el micrófono.

—Acabemos con la tobera que nos falta... ¿quieres, Mayo?

—Sí.

* * *

El paso de Hela a Eos, el tercer asteroide que visitaban, no tuvo la menor importancia y no sucedió contratiempo alguno. Sin embargo, cuando Robert anunció que el próximo salto era el definitivo, una atmósfera densa se creó en el interior de la astronave.

Hasta entonces se había esperado, sencillamente, aquello;

pero ahora, cuando el «cosmogium» estaba, por así decirlo, casi al alcance de la mano, la ambición puso brillos metálicos en todos los ojos y Harry se sorprendió desagradablemente al comprobar que el

padre de Peggy se ponía igualmente nervioso, como si esperase su parte en el botín.

El ambiente no podía estar más cargado.

Todos se habían reunido en la cabina y estaban pendientes de Robert, que sonreía dueño de sí, orgulloso y consciente de la importancia que tenía ante los demás.

—Tú dirás sobre qué asteroide hemos de saltar —dijo Rué.

—Paciencia, amigo mío... Muy pronto tomaré los mandos y os llevaré a un verdadero Eldorado... ¡el más maravilloso que podéis haber concebido nunca! —Y dirigiéndose concretamente a Rapp—: Hablemos ahora de esa falsa transferencia, Rué... ¿quieres?

Rapp tragó saliva con visible dificultad. Era la primera vez que Robert se atrevía a tutearle, tratándole con un cierto desdén que le hirió profundamente.

—Si tú quieres...

—¡Claro que sí! Piensa que te ofrecí algo ventajosísimo y que, movido por tu mala fe, me engañaste... ¿Qué vas a ganar con ello? Fíjate bien que ahora quiero la mitad de todo el «cosmogium» que cojamos/

—Está bien... me parece lógico.

—¿Cedes... eh?

—¿Qué quieres decir?

Scully sonrió con desprecio.

—¿Dónde está tu valor de otros tiempos, Rapp?

Rué cerró los puños.

—¡Si sigues por ese camino no sabré contenerme y te mataré como a un perro!

Robert, en vez de estremecerse, como lo hubiese hecho en cualquier otra ocasión, acentuó su sonrisa.

—¿Oís esto, amigos? ¿No os dais cuenta de que un compañero así puede ser peligroso? ¡Seguro que me mataría a mí, sin dudarlo* si supiese dónde se encuentran la fortuna y el poder!

Un silencio pesado siguió a aquellas sibilinas palabras.

—¿Creéis que podremos vivir tranquilos con un tipo así a nuestro lado, seguros de que nos irá eliminando uno a uno?

—¿Qué locuras dices? —rugió Rapp.

—¡Calma, Rué! Estamos estudiando, simplemente, las posibilidades que puedes darnos... y que son muy pocas. Estoy seguro de que ya has ordenado que se me mate... Qué sencillo, ¿verdad?

—Yo no he ordenado nada.

—Esa es una de tus mentiras... que no te servirá de nada. Escuchadme todos... Yo estoy dispuesto a compartir la riqueza, a dividirla en partes iguales...

—¡No le escuchéis!

—Me escucharán, Rapp; porque saben que a mi lado tienen posibilidades de ser ricos, inmensamente ricos, mientras contigo no conseguirían más que las migajas, las despreciables migajas que quedarían cuando tú te hubieses apropiado de la parte del león. ¿No es así, amigos?

—¡No le hagáis caso!

—Ha llegado el momento de elegir, amigos míos... O con él o conmigo. Si nos quitamos este peligro de encima podremos ser buenos socios y lograr todos una buena parte de lo que tan ansiosamente deseamos.

—¡Canalla!

Rapp se precipitó sobre Robert, pero lo que éste esperaba, sin ningún género de duda, se produjo matemáticamente, en el momento preciso.

Una pistola bramó en la cabina.

Rué, detenido mortalmente en su impulso, abrió desmesuradamente los ojos, sorprendido. Después, girando sobre sí mismo, cayó en redondo, con un estrépito formidable.

Lothar Glasby guardó la pistola, sonriendo.

—Tú eres nuestro jefe, Sanders.

—Bien. Gracias, amigos... Ahora ya puedo coger los mandos de la astronave y conduciros junto al tesoro... como en las historias antiguas.

Se sentó, haciendo que Grube se levantase de su asiento de piloto y maniobró hábilmente, haciendo que el aparato se moviese entre los asteroides, hasta que apuntó a uno de ellos. Poco después aterrizaban sobre su superficie arenosa.

— ¡Ya estamos! —gritó—. ¡Aquí está la fortuna para todos, amigos! ¡En el estupendo lo!

* * *

Enterraron el cadáver de Rapp no lejos de la astronave, lo, en contra de lo que los demás esperaban, era un planetoide plano, sin exageradas elevaciones y formado por una capa de arena parda, que le daba el aspecto de algo terriblemente desolado.

—¿Dónde está el yacimiento? —inquirió con los ojos brillantes el padre de Peggy.

—Iremos ahora mismo. Pero hemos de concretar algo.

Todos le rodearon.

—Vamos a trabajar todos, sin distinción, hombres y mujeres. Sabed que todo depende de la cantidad de mineral que logremos en la mínima cantidad de tiempo. ¿Entendido?

—De acuerdo.

—Bien.

—Vamos.

Iniciaron la marcha, llegando poco después ante una especie de cráter sin lava, de unos quince metros de diámetro.

—Aquí.

Llevaban, además de los trajes espaciales, unos delantales de plomo para protegerse de las radiaciones y se habían colocado unas «super-

escafandras», cuyos vidrios estaban igualmente emplomados.

Iniciaron el trabajo arduamente. Por un momento, Grube lo olvidó todo, interesado por la fabulosa riqueza de aquel yacimiento y todo lo que podía significar la crisis de fuentes de energía por la que atravesaba la Tierra.

¡Tenía que impedir, fuese como fuese, que aquellos bandidos se apoderasen de algo que podía beneficiar al mundo!

En el curso de los tres primeros días consiguieron llevar cerca de seis mil kilos de «cosmogium» a la astronave. Por la noche, reunidos en el interior del astrocohetes, se animaban, discutiendo y haciendo proyectos que Harry solía escuchar en silencio.

Aquella noche logró aislarse con Peggy.

—Quiero hablar con usted —dijo.

—Yo también ardía en deseos de hacerlo. Desde la muerte de Rapp estoy verdaderamente horrorizada. ¿Se ha dado cuenta de la pasión horrenda que se ha apoderado de esos hombres?

—Sí.

—Por fortuna, la presencia de, ustedes dos me tranquiliza un tanto.

Harry sonrió tristemente.

—No puedo contar con Leonard.

—¿Porqué?

—Se ha pasado al otro bando; es decir, quiere matarlos a todos y huir con Marión.

—¿Cómo lo sabe?

Grube contó a la muchacha lo que había oído, gracias al «eco telepático» de Hela.

—¡Es horrible!

—Sí. Habremos de estar en guardia... Sobre todo cuando la astronave esté llena de mineral. Entonces habrá llegado el momento definitivo.

—¿Y qué podemos hacer?

—No lo sé aún... También quería decirle algo, Peggy.

—¿Qué, Harry?

—¿Se ha percatado usted de que su padre está tan entusiasmado como los demás?

—Sí. Desgraciadamente, mi padre fue siempre un buscador integral... Y, a pesar de haberme prometido, cuando mis hermanos murieron, que jamás se ocuparía de la prospección, ha bastado llegar a esta astronave para que la locura y la ambición se apoderasen nuevamente de él.

—Es triste.

—Pero inevitable, Harry... Yo nunca comprendí a mi padre. ¡Si mi pobre madre hubiese vivido!

—Lo comprendo.

Al día siguiente, cuando trabajaban en el fondo casi del cráter, Arthur Case, que estaba en el borde superior, lanzó un alarido horrible, haciendo que la labor se suspendiese y que todos al unísono subiesen a ver lo que había ocurrido.

Case yacía en el suelo, de bruces.

La mirada experta de Harry se fijó en la espalda de aquel hombre.

Y se estremeció.

Su piel se levantaba, de vez en cuando, estallando y salpicando de sangre todos los alrededores.

Eran como vejigas que se hinchasen, estallando después, arrancando trozos de músculo, como si alguien hubiera colocado cargas explosivas en el interior del cuerpo de aquel desgraciado.

Harry se estrujó el cerebro, tratando de averiguar el origen de todo aquello. Ducho en las cosas del espacio, no tardó en encontrar la explicación de aquel misterioso fenómeno.

—¡Todos a la astronave, aprisa!

—Pero... ¿qué ocurre?

Era Marión que se había acercado, mirando con horror el cuerpo de

Case.

—Son insectos «gasógenos».

—Ya lo explicaré luego... ¡No deben de estar lejos! ¡Vamos, Peggy!

Y cogiendo a la muchacha de la mano echó a correr. Prontamente fue seguido por los demás.

—¿Y Case? —aulló Lothar.

—No se puede hacer nada por él —explicó Harry.

Y una vez en el interior de la astronave explicó:

—Los insectos «gasógenos», fauna que puebla muchos planetoides, son como avispas, con la particularidad de que generan, al pinchar, gases que se dilatan a gran velocidad, explotando cuando se encuentran en el interior del cuerpo.

»Generalmente un solo pinchazo de esas bestias introduce en el cuerpo medio centenar de gotitas de gas, que tardan unos diez minutos en estallar. Unas lo hacen casi superficialmente, como hemos visto, destrozando piel y músculos; pero eso no es lo peor...

—¿Entonces...?

—Hay gotas que penetran profundamente en el cuerpo y explotan en el interior de las vísceras de importancia vital: estómago, hígado, páncreas, riñones... El cuerpo del desgraciado termina deshecho y entonces, atraídos por el olor, los insectos se ceban en ellos.

Marión estaba intensamente pálida.

—¿Y... qué podemos hacer?

—Salir de aquí.

Fue el viejo Ryde quien intervino, cómicamente indignado.

—¿Cómo? ¿Alejarnos de aquí sin terminar de cargar esa riqueza?

—¡Ya tenemos bastante! —exclamó Marión.

—No —dijo Leonard, que había guardado silencio hasta aquel momento—. No tenemos bastante... Hay que ir a buscar más.

—¿Y quién irá? —inquirió Lothar.

Mayo había retrocedido hasta un lugar donde debía haber dejado el rifle, que empuñó, apuntando a todos.

—Iréis vosotros... ¡Vuélvete, Glasby!

Lothar obedeció de mala gana.

Avanzando precavidamente, Mayo le desarmó, ya que era el único que llevaba arma; después sonriendo cínicamente, ordenó:

—Preparaos a salir... Quiero que cada uno de vosotros me traiga cien kilos de «cosmogium». El que lo logre no saldrá más de la astronave y regresará con Marión y yo a la Tierra. El que no lo consiga puede prepararse para ser pasto de los insectos «gasógenos»... ¡Fuera o disparo!

Harry miró fijamente a su ex-amigo y rogó:

—Quiero que Peggy se quede aquí, con Marión, Leonard.

Este lanzó una siniestra carcajada.

—¡Tu Peggy irá contigo, imbécil!

—¿Qué significa esto? —rugió el padre de la muchacha, avanzando imprudentemente hacia Leonard.

Mayo disparó a quemarropa. El viejo Ryde se desplomó sin vida. — ¡Esto es lo que haré con los que se nieguen a obedecerme! ¡Fuera! Salieron.

CAPÍTULO IX

Robert temblaba como el azogue.

—¡Ese canalla!

Harry sonrió tristemente.

—No hay que quejarse, Scully...

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Desde hace mucho tiempo; pero ya nada tiene importancia... ¡Si solamente hubieses obrado lealmente!

—¿Qué quieres decir?

—Debiste presentarte a las autoridades...

Robert bajó la cabeza.

—No podía... maté a mis compañeros.

—¡Desgraciado!

—Nunca lo he sido más que ahora... Me cegó la ambición, es verdad; pero ¿de qué me serviría arrepentirme ahora?

—El arrepentimiento es siempre bueno.

Se hallaban junto a la astronave, mirando en derredor suyo, pendientes de la horrenda presencia de los insectos.

—¿Por qué no vamos de una vez en busca de ese maldito mineral para que Mayo nos deje entrar en la astronave?

Era Lothar quien había hablado.

Harry lo miró.

—¿No te das cuenta de que lo que quería Leonard era que saliésemos de la astronave?

—¿Para qué?

—¡Para irse!

—¿Eh?

—Claro. Con el mineral que hay en las bodegas tienen suficiente para vivir magníficamente... ¡Cerremos las toberas!

Corrieron detrás de él.

En aquel momento un rumor creciente surgió de la astronave.

—¡Está poniéndola en marcha!

Al llegar a la popa, utilizando las palas que llevaban, empezaron a llenar las toberas de arena, dispuestos a impedir que el astrocohete se fuese.

Poco después, cuando Mayo se percató de que no podía hacer nada, rugió, utilizando el emisor de larga distancia.

—¿Qué estáis haciendo, locos?

—Ya lo ves —contestó Harry—. Impidiendo que consumes tu traición.

—¡Maldito! ¡Te mataré!

—Sal a hacerlo, Mayo... Te conozco ya... Siempre fuiste en el fondo un cobarde y no saldrás... porque tienes miedo a los insectos... ¡Tú lo has querido, idiota! Nosotros moriremos aquí, pero tú y tu amada os pudriréis en el interior de la astronave.

—¡Perro!

Hubo un largo silencio.

—Escucha, Grube.

—¿Qué quieres?

—Limpiad las toberas y os dejaré entrar en la nave.

—¡No digas estupideces! En cuanto estuviesen limpias saldrías velozmente, dejándonos aquí... No, si quieres que nos entendamos baja con nosotros, sin armas...

—¿Te has vuelto loco? ¡Me mataríais!

—No, Leonard, ya sabes que no... Pero no escaparías de ; la justicia de la Tierra al regresar allí.

— ¡Vete al infierno! | —Como quieras...

Peggy se acercó a él, señalándole una mancha que se acercaba por el aire.

—¡Mira, Harry!

—¡Insectos!

Robert y Lothar se pegaron, temblando, a la astronave.

El primero empezó a gritar:

—¡Ábrenos, Leonard, ábrenos! ¡Por favor! Te daremos todo lo que quieras... ¡Y no deseo ni un miligramo de ese maldito mineral! ¡Ábrenos! ¡Los insectos se acercan!

Y la voz de Mayo sonó como una sentencia.

—Voy a abriros, con una condición.

—¡La que quieras!

—¡Matad a Harry!

Era su última traición, su canallesca postrer jugada.

Robert y el otro miraron fijamente a Harry, que empuñaba como ellos la pala.

—Aléjate un poco, Peggy... por ahí.

La muchacha obedeció.

A su vez, Grube retrocedió, alejándose rápidamente en dirección a la nube de insectos que se acercaba. Naturalmente, los otros no se atrevieron a seguirle.

—¡Vamos, Peggy!

Ella se le unió, sin miedo alguno.

—¡Mayo!—gritó Robert.

—¿Qué?

—¡El mismo se ha precipitado hacia los insectos! No durará ni un minuto...

—Acercaos a la puerta... Voy a abriros. Luego bajaremos a limpiar las toberas.

Cuando la puerta se cerró, Harry se percató de que el final había llegado.

Hunk, el lagarto bicéfalo, semejante a un dragón de la Edad Media, abrió sus dos pares de ojos, mirando hacia el cielo azul oscuro, color que proporcionaba la ligera atmósfera que reinaba sobre lo.

Tenía hambre.

Surgiendo de un sueño de varias semanas, Hunk bostezó perezosamente, pensando en la alegría que tendría en comerse varios centenares de aquellas deliciosas avispas, que degustaba de vez en cuando con verdadero placer.

Poseía un estómago dilatable, con conductos externos, que eliminaban los gases de los peligrosos insectos.

Bostezó nuevamente.

Medía cerca de quince metros de longitud y sus dos cabezas, surgiendo de un único cuello, se irguieron, permitiendo a sus potentes ojos que surcasen, en una penetrante mirada, muchos kilómetros alrededor.

Y los vio.

La nubecilla hubiese sido completamente invisible para otros ojos que no hubieran sido los de Hunk; pero éste era capaz de mayores proezas, como demostró al moverse, en contra de lo que hubiese podido parecer anormal en un cuerpo como el suyo, a una velocidad formidable, coleteando como si corriese por el agua.

Pocos segundos le bastaron para llegar junto a la nube de insectos «gasógenos».

Y fue entonces cuando Hunk vio a aquellas dos extrañas criaturas, sobre las que se precipitaban las fatales avispas. Se detuvo un momento, considerando los seres que jamás había visto. Y sin poderlo evitar sintió una creciente simpatía por aquellas criaturas que, al menos, tenían una cierta semejanza con él, aunque fuese muy remota.

Atacó a las avispas.

Cuatro lenguas, dos de cada boca, surcaron velozmente el espacio, como saetas rosadas, cazando los insectos por docenas. Su escamoso y

húmedo cuello se movía al ritmo de la deglución, mientras engullía su sabrosa presa.

—¡Va a estallar! —exclamó Harry.

Peggy, aterrorizada por la inesperada aparición del reptil, estaba apretada contra él.

—Ten mucho cuidado, Harry.

Hunk terminó con la banda de avispas en un santiamén. Volvió después la mirada hacia los humanos.

Si hubiese sabido manifestar su alegría de otra manera, Hunk lo hubiera hecho, pero no contaba más que con su larga y verdosa cola, que movió, al estilo de los perros, sin dejar de mirar a los terrícolas.

—¿Va a atacarnos, Harry?

—No lo sé... Es un insectívoro, pero cualquiera comprende lo que pasa por sus dos cabezas... Espera.

—¿Qué vas a hacer?

—Acercarme.

—¡No!

—No temas. Si desea hacernos daño, nada podremos hacer por defendernos; pero, si por el contrario es pacífico..., ¡menudo aliado nos habremos buscado!

—¿Qué quieres decir?

—Que a su lado, los insectos «gasógenos» son completamente inofensivos. ¿No has visto cómo los devoraba?

—¡Morirá al explotar!

—No lo creo. Debe poseer algún mecanismo natural de defensa... ¿No ves las caras de satisfacción que pone? Déjame.

Harry se acercó prudentemente al monstruo.

Hunk miró curiosamente al ser que se aproximaba, experimentando la misma simpatía que antes.

Y movió la cola, significando su contenido.

Poco a poco, Harry, que se iba dando cuenta de la reacción propicia del descomunal animal, salvó la distancia que le separaba de él, extendiendo la mano para acariciar una de las enormes cabezas.

—¡Eso no, Harry!

Pero Grube no escuchaba. Su aguda mirada estaba pendiente de la bestia y la pala que tenía en la derecha dispuesta a descargar un golpe, por insignificante que fuese, a la menor alarma.

Nada ocurrió.

Se dio cuenta entonces de que la piel del lagarto gigantesco estaba llena de pequeñas bestias, semejantes a hormigas, que horadaban la capa córnea. Ya había visto que el animal movía sus patas, rascándose con frecuencia.

Sin duda alguna, se trataba de molestos parásitos que minaban la piel del reptil, causándole una sensación de constante molestia.

Tuvo una idea.

Sin pensar en las consecuencias, Harry movió la pala, rascando violentamente la piel del lagarto, de la que cayeron, por millares, aquellas minúsculas hormigas.

Hunk le miró, agradecido.

Minutos después una amistad curiosa se había establecido entre el hombre y la bestia.

* * *

—Hemos de salir de aquí.

Se había establecido una paz momentánea entre ellos, pero Mayo no dejaba jamás el rifle.

Los otros guardaron silencio.

—Si no arreglamos las toberas, jamás nos moveremos de este maldito

asteroide.

—Es verdad—dijo Robert.

Y se acercó, por enésima vez, al ojo de buey, lanzando una mirada al exterior.

—Hay cada vez más...

Así era, en efecto, las nubes de los insectos «gasógenos» no cesaban de aumentar, golpeando furiosamente la plancha de la astronave, como si presintiesen la existencia, en el interior, de unas magníficas presas que no tardarían en caer en su poder.

—Hay cada vez más —repitió Mayo sombríamente.

—¡Pues tenemos que salir!

—¿Por qué no lo haces tú? —inquirió Lothar.

—¡Voy a mataros!

Sonrieron los dos hombres.

—¿Qué lograrías haciéndolo? Mientras estemos vivos, tienes una posibilidad de que salgamos, cuando estos bichos se hayan ido, para limpiar las toberas... todos juntos. Porque no saldremos sin ti.

Leonard bajó la cabeza.

Sabía que él podía limpiar las toberas y estaba dispuesto a llevar a cabo un plan, que había madurado lenta y seguramente.

Al encontrar unas granadas fumígenas se le ocurrió que podía utilizarlas, ahuyentando a los insectos y limpiando rápidamente las toberas. Con media hora que le dejaran tranquilo acabaría con la tierra que habían colocado aquellos estúpidos, pudiendo partir del asteroide.

Porque no estaba dispuesto a repartir nada con aquellos imbéciles.

A la noche, reunido con Marión, le expuso su plan.

—Tenemos que matarlos, querida. Luego huiremos de aquí... Mañana probaré el efecto de una de esas granadas fumígenas.

—Te ayudaré.

Salieron, silenciosamente, avanzando por el pasillo, hasta llegar al salón, donde dormían apaciblemente los dos hombres, seguros de que Leonard no se atrevería a hacerles daño alguno.

—Creí que estarían despiertos —musitó Mayo.

—¿Qué vas a hacer?

—Ahora lo verás.

Y disparó una ráfaga de su pistola sobre cada uno, asesinándolos fríamente.

—Lanzaremos los cadáveres por la catapulta. Así podremos calmar el apetito de esos malditos bichos.

A la mañana siguiente Mayo lanzó, a título de ensayo, la primera granada fumígena. Pero, horrorizado, vio que no causaba mella alguna en las furiosas avispas, que seguían golpeando las paredes metálicas de la astronave.

* * *

Hunk estaba encantado con sus nuevos amigos, que le habían acostumbrado a llevarlos sobre sus amplias espaldas, corriendo mucho menos de lo que solía hacer, ya que la primera vez los derribó, experimentando una gran pena al ver que les había hecho daño.

—Vamos a volver a la astronave —dijo Harry—. Llevamos dos días sin comer sólido. De no haber sido por las pastillas de emergencia y las ampollas de suero fisiológico, estaríamos muertos.

—¿Qué piensas hacer?

—Demostrarles a esos traidores que ahora somos los más fuertes...

Peggy dudaba.

—Dispararán contra nosotros.

—No conseguirán nada. Detrás de ese animal las balas no tienen efecto alguno...

Se acercaron a la astronave.

Desde cierta distancia Grube hizo funcionar su emisor de larga distancia.

—¿Me oyes, Mayo?

Poco después la voz emocionada de Leonard, al mismo tiempo sorprendida, se oyó:

—¡No, no puede ser!

Grube rió.

Asómate y verás.

Así lo hizo.

—¡Debe de ser una alucinación, Marión! ¡No es posible que estén vivos!

Intervino Harry:

—No se trata de ninguna alucinación, aunque mereces muchas y muy horribles...

Vio entonces los huesos limpios de los esqueletos que había junto a la astronave.

—¿Cómo? ¿Los has matado?

No hubo respuesta.

—¡Eres un canalla, Leonard! —Y después de una pausa añadió—: Este animal es el único que puede devorar todos los insectos que rodean la astronave... El nos salvó... Es hora de que te rindas, Mayo.

—¡Nunca!

—Lo harás... Ahora voy a hacer que este lagarto se coma todas las avispas que os rodean. Después, cuando haya terminado, le ordenaré, sencillamente, si te niegas a obedecerme, que destruya la astronave...

—¡Ilusiones!

Harry se volvió a Peggy. —Quédate aquí, querida.

—Bien.

El lagarto avanzó y empezó a devorar, glotonamente, todos los insectos que, incapaces de escapar a sus velocísimas lenguas, terminaron muy pronto en el poderoso estómago del monstruo. Minutos más tarde el aire estaba limpio de peligros. —¿Has visto, Mayo? -Sí.

—Te doy un minuto para decidirte. Si sales, limpiaremos las toberas y volveremos a la Tierra. —¿Me denunciarás allá? -Sí.

Hubo una larga pausa. Harry miraba el cronógrafo.

—Treinta segundos.

Silencio.

—Quince segundos... Nada.

—Diez segundos.

Y la voz, ronca, de Mayo sonó:

—¡Está bien! Voy a bajar.

—Sin armas, ¿eh?

—Bien.

—Que baje Marión también.

—Sí.

CAPÍTULO X

Los dos, en silencio, trabajaron, limpiando la arena de las toberas. Las dos mujeres, Peggy junto a Hunk, y la otra cerca de Mayo, mirando con horror al lagarto, permanecían igualmente en silencio.

Cuando las toberas estuvieron completamente libres de arena, Harry miró al otro.

—Ya está.

—Sí.

—Creo que podemos irnos.

— Eso creo también yo.

Volvió la espalda a Mayo, momento que aprovechó éste para descargar un golpe, con la pala, en la cabeza de su amigo, que se desplomó pesadamente.

Peggy lanzó un chillido agudo.

—¡Corre, Marión!

Mayo salió lanzado hacia la puerta de la astronave.

Entonces ocurrió lo imprevisible.

Hunk, que había asistido a la escena, se movió a la celeridad del rayo, atrapando, con una de sus bocas, a Leonard, que lanzó un alarido terrible, que se ahogó en seguida, cuando su cuerpo fue partido por la mitad, cayendo, en dos pedazos, al suelo.

Hunk avanzó, entonces, hacia Marión, que se había detenido.

—[No!—gritó Peggy.

Y Hunk se detuvo, volviendo sus dos cabezas hacia la muchacha.

Peggy se precipitó hacia Harry, arrodillándose a su lado.

—¡Harry! ¡Amor mío! ¡Respóndeme!

Segundos después el joven, que había resistido el golpe gracias a la escafandra, se incorporaba, aún atontado.

—Peggy...

—¡Gracias a Dios, Harry!

Se incorporó, pesadamente.

—¿Y Mayo?

—El lagarto lo ha matado... ¡Ha sido horrible!

Y contó lo ocurrido.

Marión permanecía silenciosa, no lejos de allí, sin separar sus ojos aterrados del dragón, sin osar moverse.

—Debemos irnos.

—Cuanto antes.

Harry se acercó a Marión.

—Venga con nosotros; aunque merecía que la dejásemos aquí.

—¡No, por lo que más quiera! No me deje al lado de esa horrible bestia.

—Vamos.

Antes de entrar en la astronave y cuando Marión y Peggy estaban ya dentro, Harry se acercó al dragón.

—Adiós, amigo... Te debo demasiadas cosas para olvidarte. Si alguna vez vuelvo por aquí, prometo traerte la astronave repleta de moscas... Sobran en nuestra Tierra y tú te darías un verdadero banquete.

Pasó la mano sobre la costra dura de! animal y se alejó, penetrando en el aparato.

Momentos después Hunk retrocedía, asustado, viendo elevarse a aquel extraño animal que sus amigos dominaban perfectamente.

Una idea primitiva cruzó su cerebro.

Recordó, vagamente, tiempos remotos, en los que sus antepasados volaban como aquella bestia que se alejaba velocísimamente. Y pensando en la hermosa caza que se procuraban, Hunk sacó sus cuatro lenguas, dibujando una especie de arabesco, que era como un ademán de adiós a sus amigos.

* * *

Sólo quedaba libre, por el momento, el edificio del Gobierno, en Nueva York.

Toda la ciudad, todo el país estaba ocupado por los descontentos, que se habían unido a los asiáticos, cuyo asalto al poder era evidente.

Simmons, con un rifle en la mano, apoyado en el alféizar de una ventana, disparaba contra los insurrectos.

—Esto está perdido.

O'Connor, el enlace del Gobierno, que estaba a su lado, asintió con la cabeza.

—Irremisiblemente perdido.

Simmons se quejó después:

—¡Pensar que todas mis esperanzas estaban en esos muchachos!

—¿Grube y Mayo?

—Sí. Grube era mi mejor hombre...

—La misión era horriblemente difícil.

—Ya lo sé.

Dispararon nuevamente.

—Lo que me hace temblar es si ese Rapp sale triunfando y trae su astronave llena de «cosmogium», del que naturalmente se apoderarían los asiáticos.

—¡Sería horrible!

—Sí.

Las horas iban pasando y el cerco al edificio del Gobierno aumentaba en intensidad por momentos.

Cuando, agotado, al llegar la noche, Simmons se retiraba un hombre le salió al paso.

—¡Señor!

—¿Qué?

—Hay una astronave que está comunicando con nosotros.

—¿Eh?

Corrió, olvidando su fatiga, hasta penetrar en la cámara de comunicaciones, precipitándose sobre el aparato.

—¿Quién es?

Una voz lejana, pero tremendamente agradable, contestó:

—Soy yo, señor: Grube.

—¡Alabado sea Dios! ¿Salió todo bien?

—Así, así, señor. ¿Podemos aterrizar?

—¡No! ¡No!

—¿Por qué?

—Lo asiáticos se están apoderando de todo.

—Pero...

—Escucha... ¿Traes «cosmogium»?

—Sí, bastante.

—¡Formidable! Comunicaremos por radio que llegas con la solución para la penuria de energía que atraviesa el planeta, pero exigiremos que se rindan.

—¿Qué he de hacer entonces, señor?

—Esperar ahí... ¿Y Mayo?

—Muerto.

—¡Pobre muchacho!

—Ya le explicaré, señor... Todos murieron.

—¿Vienes solo?

—No. Traigo a bordo a dos mujeres... Una de ellas, Marión Hiller, para ponerla a disposición de los tribunales.

—¿Y la otra?

Nadie contestó.

—¿Y la otra?

Nada.

—¡Grube! ¿Qué ocurre?

Pero no logró absolutamente nada. Era como si la astronave se hubiese evaporado para siempre.

* * *

Marión oyó las palabras de Harry, comprendiendo la situación, ya que había oído también las palabras de Simmons.

Por eso, furiosa y convencida, al mismo tiempo de que aquélla era la única y última oportunidad que le quedaba, se acercó a Harry por la espalda, golpeándole furiosamente en la cabeza.

Grube se desplomó sobre el transmisor.

Sonriendo, Marión se apoderó del aparato, empezando a transmitir para los asiáticos.

Peggy, que dormía en aquellos momentos, se despertó poco después, con una sensación de angustia que no podía explicarse lógicamente.

Salió de la cabina.

Ya desde el pasillo, llegó hasta ella la voz de Marión, agitada y casi histérica.

—¡Traigo una carga de «cosmogium»! Pero no sé manejar la nave.

—Sí. Acabo de matar a un agente del Gobierno americano...

—Sí. Espero instrucciones.

Peggy se sintió desfallecer; pero, haciéndose cargo de la situación, volvió a la cabina, se apoderó del rifle y loca de rabia, se precipitó en el salón de mandos, disparando casi desde la entrada.

Con la cabeza destrozada, Marión se desplomó sobre el transmisor.

Le costó muchísimo a Peggy hacer que Harry volviese en sí, dándose cuenta de que debía haber sufrido un «shock» terrible.

En efecto, Harry no coordinaba y era incapaz de hablar normalmente, repitiendo, sin cesar, frases incoherentes.

Peggy se retorció las manos, desesperada.

Finalmente, se acercó al transmisor y empezó a llamar. Dos veces consecutivas, al girar las palancas de sintonía, fue tomada por los asiáticos por Marión, pero ella cortó la comunicación sin dignarse contestar.

Hasta que tuvo a Simmons al otro lado del espacio.

—¡Simmons llamando a Grube!

—¿Es usted su amigo, señor?

—¿Quién es usted?

—Una amiga... Marión Hiller golpeó a Harry, dejándole inconsciente... no coordina, señor.

—¿No podrá, entonces, guiar la astronave?

—Me temo que no.

Hubo un corto silencio.

—Escuche, señorita...

—Me llamo Peggy Ryde.

—Perfectamente, señorita Ryde... Va usted a seguir concretamente nuestras instrucciones... al pie de la letra, ¿entendido?

—Sí.

—Nuestros amigos han conseguido, a costa de mucha sangre, apoderarse de un espaciódromo cercano, para permitir a Grube que se posase en terreno amigo... Usted va a llevar la astronave hasta allí.

—¿Yo... señor?

—Sí. Mire el mando que tiene delante de usted.

—¿Cuál?

—Un cuadro... Hay seis especies de relojes a la derecha y tres a la izquierda... ¿los ve?

—Sí.

—Debajo de cada reloj hay una manilla y en el último dos botones: un rojo y uno azul... ¿Los ve?

—Sí, señor.

—Mire ahora al tercer reloj de su derecha... ¿ya?

—Sí.

—¿Qué hay debajo?

—Dos palancas... una tiene un punto blanco.

—i No toque ésa! Baje la otra.

—¿La negra?

—Sí. —Hubo una pausa.

—Perfectamente. Ha logrado que la astronave escape a la órbita que Grube había conseguido. Espere... han pasado once segundos... ¿Ve el primer reloj de la izquierda?

—Ya lo tengo.

—Oprima el botón que hay debajo.

—Va está. ¡La nave baja velozmente, señor!

—No se preocupe. Estamos siguiéndole por radar. Prepárese, el dedo sobre el botón verde del segundo reloj de la derecha... ¿Lo tiene ya?

—Sí.

—Espere... once... doce... trece... catorce... |Apriete!

—¡Ya está!

—Baje ahora las dos palancas blancas que hay a su derecha, a la altura de su cabeza, si está sentada.

—Ya lo he hecho.

—¡Maravilloso! Acaba de conectar el piloto automático y ya no ha de preocuparse más, señorita... Nosotros haremos que la nave aterrice.

—¡Gracias a Dios!

EPÍLOGO

Simmons se adelantó, cuando los novios se separaron del altar, deteniéndose ante ellos.

—¡Enhorabuena, amigos!

Y estrechó la mano de Grube, guiñándole el ojo.

—¿Puedo besar a la novia, Harry?

—Sí; pero no muy fuerte.

Simmons lo hizo, sonriendo después.

—¡Ya está!

—Eso me recuerda lo que yo respondía cuando usted me decía de apretar tal o cual palanca o botón.

—Fue usted una mujer valerosa.

—Solamente enamorada, míster Simmons.

— Es posible... —y entornando los ojos—: Tendré que buscar una mujer... Hasta ahora nunca creí que fuese algo tan interesante.

—¡Hágalo!—exclamó ella.

Salieron del templo, deteniéndose ante el vehículo que esperaba a los novios.

—¿Puedo saber hacia dónde se dirige la pareja para pasar la luna de miel?

—Vamos a hacerla muy corta, porque tenemos trabajo.

—¿Trabajo?

—Sí. Partiré con la nueva expedición hacia lo...

—¿Eh?

—Sí. Hay allá un viejo amigo, no muy lindo, con dos cabezas, pero terriblemente simpático... Y le prometí una carga de moscas...

—¿De moscas? ¿Estás seguro de haberte puesto completamente bueno, Harry?

—Es posible, señor Simmons... Después de todo, hay quien afirma que el amor trastorna un poco... Y, con franqueza... ¿por qué no busca usted un poco de esa deliciosa locura, amigo mío?

FIN